BOLSILIBROS BRUGUERA

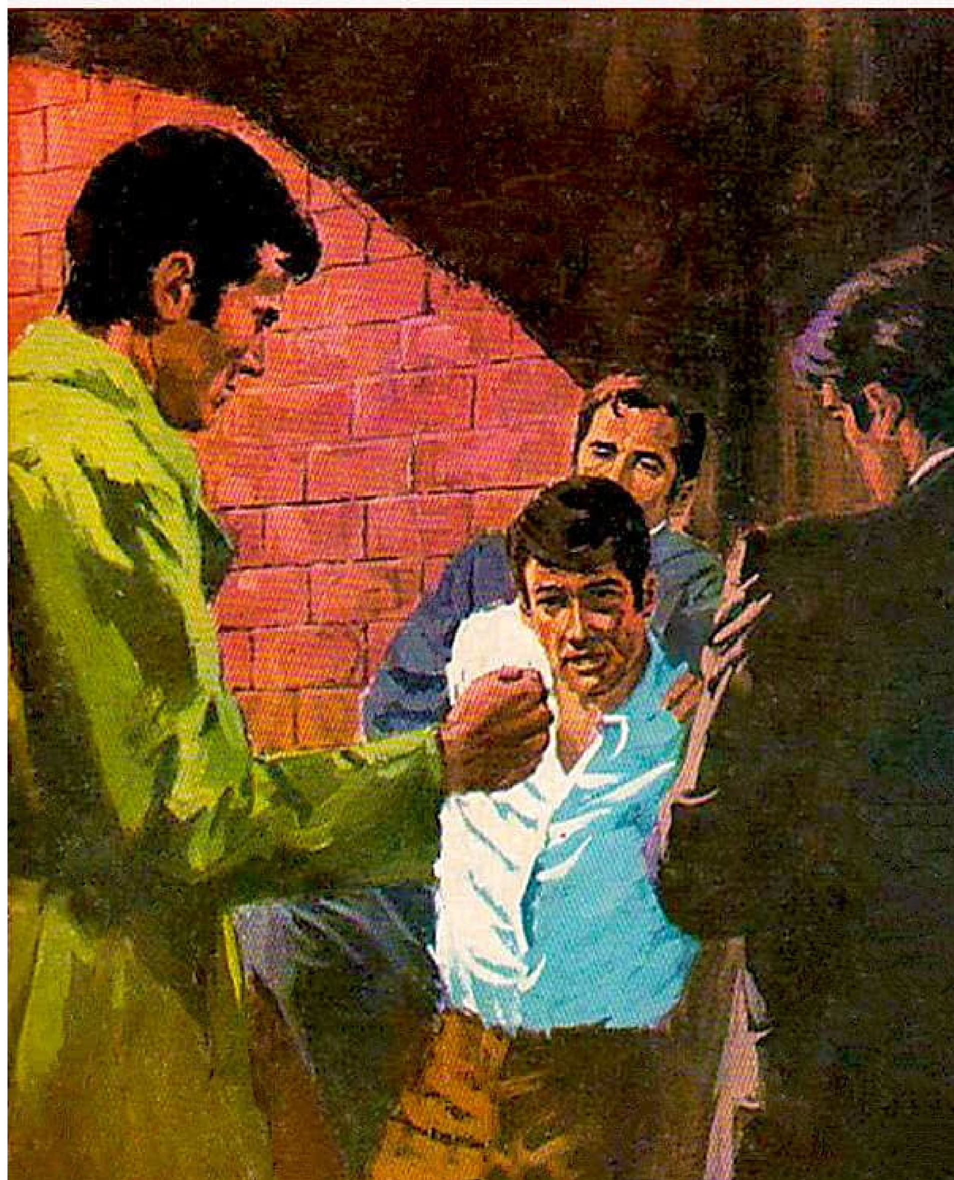
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

...a hierro muere

burton hare



Cronológicamente, los hechos sucedieron de acuerdo a un orden determinado, como si hubiera sido establecido por el Destino.

En primer lugar, el fulminante que hizo estallar la sensacional bomba en los periódicos, fue la muerte de un joven reportero llamado Bill Anderson.

Bill Anderson había terminado sus estudios tres años antes, y hasta que consiguió un empleo en un periódico pasó tantas privaciones que a punto estuvo de abandonar sus ilusiones periodísticas, para colocarse en cualquier empleo sedentario.

Era un muchacho todo fibra, con una voluntad templada en la vida difícil, donde uno tiene que alcanzar todo cuanto quiere a fuerza de sacrificio y tenacidad.



Burton Hare

… A hierro muere

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1060

ePub r1.0
LDS 23.02.18

Título original: … *A hierro muere*
Burton Hare, 1970
Cubierta: Jorge Samper
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Cronológicamente, los hechos sucedieron de acuerdo a un orden determinado, como si hubiera sido establecido por el Destino.

En primer lugar, el fulminante que hizo estallar la sensacional bomba en los periódicos, fue la muerte de un joven reportero llamado Bill Anderson.

Bill Anderson había terminado sus estudios tres años antes, y hasta que consiguió un empleo en un periódico pasó tantas privaciones que a punto estuvo de abandonar sus ilusiones periodísticas, para colocarse en cualquier empleo sedentario.

Era un muchacho todo fibra, con una voluntad templada en la vida difícil, donde uno tiene que alcanzar todo cuanto quiere a fuerza de sacrificio y tenacidad.

Y así alcanzó el puesto de redactor de gacetillas de sucesos en el *News Récord*. Dos años le bastaron para demostrar que valía para tareas más importantes que aquélla, y saltó de golpe a un pequeño despacho para él solo, y a una completa autonomía para sus temas y campañas.

Cuando publicó su primer artículo sobre Frank Decosta y su sindicato portuario, algo en la ciudad se estremeció.

Incluido el jefe de redacción del periódico, por su puesto.

—Debes haberte vuelto loco, Bill —le espetó, mesándose los escasos cabellos—. No puedes atacar ese sindicato sin pruebas de sus chanchullos tan sólidas como rocas…

—Obtendré esas pruebas —aseguró Bill Anderson.

—Entonces, espera a tenerlas para escribir.

—Usted no comprende… Sólo si esta campaña arma un buen revuelo, los hombres que pueden proporcionarme las pruebas se decidirán a hablar. Tan sólo si pierden el miedo a Decosta se

confiarán a mí. Me lo han prometido, ¿entiende?

—¿Te han prometido qué?

—Revelarme los chanchullos del sindicato y los nombres de los pistoleros que cobran de la nómina. Pero antes he de demostrarles que se puede luchar contra Decosta y sus matones. Es como una demostración de hombría que esos hombres entenderán.

—Mira, Bill, llevo muchos años ensuciando papel de periódico, y no he visto nunca que…

—Ahora lo verá —le atajó el reportero, dirigiéndose a la puerta —. Otro artículo más y Decosta será destronado y su sindicato liquidado. Los descargadores podrán entonces elegir su propio sindicato y sus propios dirigentes.

—Eso me recuerda un cuento infantil…

Pero la puerta se cerró y el resto de la frase se esfumó.

Aquella noche, Bill Anderson acudió al muelle 190, no sin cierto recelo que le obligó a ser cauteloso.

Se deslizó por entre los fardos amontonados aquí y allá, guareciéndose en las sombras. Vio a dos vigilantes pasar cerca y se mantuvo inmóvil, porque no era con ellos con quienes estaba citado.

Luego, reanudó la marcha y llegó al lugar indicado.

Allí no había nadie. Cerca, las patas de monstruosa araña de una grúa se elevaban en la oscuridad. Más allá, las luces de un carguero estaban inmóviles y finos dedos de niebla comenzaban a envolverlas.

Bill Anderson miró a su alrededor, comenzando a arrepentirse de haber acudido a aquella misteriosa cita. Más, su espíritu de reportero pudo más que la prudencia y esperó, encendiendo un cigarrillo.

Un minuto después, un hombre enorme apareció como si se hubiera desprendido de la columna de acero que sostenía la grúa.

—Usted es Anderson —dijo.

Bill dio un respingo.

—Seguro, y usted Frank Decosta.

Decosta mediría seis pies y cinco pulgadas, tenía unos hombros como un estadio y un rostro amazacotado en el que destacaba una lívida cicatriz en la mejilla derecha.

—No me esperaba a mí, ensuciacuartillas, ¿no es cierto?

—Alguien me citó —dijo el periodista—. Alguien que prometió mucho… Usted, desde luego.

—Sí.

—Muy bien, suéltelo.

El *gángster* rió entre dientes.

—Tiene usted prisa, ¿eh? —cacareó—. ¿Qué es lo que imagina que voy a decirle?

—Bueno, me advertirá sobre los riesgos de meterme con usted y su sindicato. Una amable invitación a olvidarlo y ocuparme de otros asuntos y cosas así. ¿Me equivoco?

—Ésa podría ser una idea. Imagine que le he hecho esa cordial advertencia, plumífero.

—Sí, ¿y qué?

—¿Cuál sería su respuesta?

—Váyase al infierno, Decosta.

—Eso pensé que diría.

El reportero oyó un rumor a sus espaldas. Antes que pudiera volverse, unos brazos duros como el hierro le sujetaron por detrás, inmovilizándole.

Frank Decosta volvió a reír de aquella fría y odiosa manera.

—Como verá, había tomado precauciones para el caso de que usted respondiera de ese modo.

—¿Qué cree que conseguirá con eso, bastardo?

—Cerrarle la boca… ¡Así!

El enorme puño del *gángster* subió hasta estrellarse en el indefenso mentón de Anderson. Algo se quebró en la cara de éste. Emitió un agudo quejido y hubiese caído de no estar bien sujeto por el otro individuo.

—Eso es el principio, ensuciacuartillas —dijo Decosta.

Comenzó a golpear salvajemente, midiendo bien sus golpes, dirigiéndolos adonde podía causar más estragos en la anatomía del reportero.

Bill Anderson perdió el conocimiento cuando su rostro era sólo una masa sangrante sin forma humana.

—Suéltalo —ordenó Decosta, jadeando por el esfuerzo.

El hombre que se mantenía en las sombras obedeció y el cuerpo del periodista rebotó contra el húmedo suelo.

El *gángster* y su ayudante permanecieron unos minutos

inmóviles, mientras Decosta recobraba el aliento.

Al fin dijo:

—Necesitaba ese poco de ejercicio para sentirme plenamente en forma. Reanímalo, Albert.

El hombre se inclinó sobre el caído. Poco después, Anderson gimió.

—¿Te sientes bien, desgraciado? —le espetó el *gángster*.

No obtuvo respuesta. Hubieron de pasar diez minutos antes de que su víctima abriera los ojos y, confusamente, pudiera verlo en la oscuridad.

—Te la ganaste, desgraciado —le dijo.

Bill respiró con dificultad a través de su rota nariz. Tenía la boca rota e hinchada y su voz, cuando habló, fue apenas audible.

Dijo:

—Eso va a costarte muy caro, hijo de una hiena…

Decosta sacó un revólver de cañón corto y lo colocó ante los ojos del periodista.

—Míralo, estúpido —le dijo casi amablemente—. Míralo bien, observa ese negro agujero…

Una llamarada brotó del cañón. La cabeza del reportero estalló bajo el embate del proyectil. El estampido se elevó siniestramente en la quietud de los desiertos muelles de carga.

El otro hombre dijo, disgustado:

—Podías haberlo hecho de otro modo, Frank… menos ruidoso.

—Hacía tiempo que lo deseaba, Albert… Vámonos de aquí.

—¿Lo echo al agua?

—¿Para qué? Quiero que lo encuentren por la mañana.

Los dos se alejaron. Instantes después, cerca, sonó el rugido de un motor y un coche se alejó a gran velocidad.

De las oscuras sombras de una estiba de bultos cercanos se despegaron dos formas oscuras, dos hombres de ojos aterrados y andares vacilantes.

De este modo el cuerpo fue encontrado mucho antes de lo que Frank Decosta pensó.

CAPÍTULO II

El teniente Dewey se irguió, apartándose del cadáver. Su cuadrada mandíbula estaba encajada como un cepo.

—Le han destrozado antes de matarlo —dijo entre dientes.

Flats, detective de primera, gruñó:

—¿Quiere interrogar a esos dos ahora, teniente?

—Sí, pero no aquí. Este lugar me crispa los nervios. Llévenlos a mi despacho y traten de «ablandarlos» un poco entretanto. Quiero saber por qué denunciaron el crimen por teléfono de modo anónimo… Nos dieron mucho trabajo para localizarlos y obligarles a admitir que lo habían hecho.

—Muy bien.

—Yo vendré en cuanto haya hablado con el médico forense.

El detective se alejó para reunirse con un compañero suyo llamado Kenny. Llevaron a los dos vigilantes del puerto hasta el coche y emprendieron la marcha.

Los fotógrafos de la policía habían instalado unos focos especiales y la escena del bárbaro asesinato estaba iluminada como un *plateau* cinematográfico, en el que destacaba el cuerpo en el suelo, y el teniente Dewey erguido junto a él.

Llegó el forense. Su informe fue escueto en extremo: a aquel pobre tipo le habían destrozado la cara a golpes antes de volarle la tapa de los sesos con un balazo.

Dewey gruñó:

—Es usted una gran ayuda diciéndome cosas que yo sabía, *doc.*

—¿Qué esperaba, milagros?

—Nada de milagros. Pero usted tiene el estómago acolchado contra esos espectáculos. ¿Le importaría decirme si la bala está aún en la cabeza, o le salió por la nuca?

—Salió, teniente. Le dispararon a dos o tres pulgadas de la frente a juzgar por las huellas de quemadura de la pólvora, de modo que el proyectil tenía todo su empuje cuando le voló los sesos.

—Ya veo… no es una explicación demasiado técnica que digamos, pero sirve.

—Es adecuada a mentalidades primarias, teniente.

Y el médico se alejó. Dewey soltó un sonoro taco, arrojó la colilla del cigarrillo al agua y se despidió de los fotógrafos y otros agentes que buscaban inútilmente huellas o rastros por los alrededores.

Tomó su coche y emprendió también el camino de la central.

* * *

Ése fue el estallido, lo que provocó una airada reacción de los periódicos. Los hechos que se sucedieron después, siempre con un orden que el Destino se complació en guardar, sólo contribuyeron a hacer más sórdido todo el caso llegando al extremo de que, al final, el teniente Dewey llegara al borde de la desesperación.

En primer lugar, tras algunas horas de interrogatorio, de promesas formales respecto a una completa protección, los dos vigilantes admitieron haber presenciado el bárbaro asesinato, ocultos tras la estiba de bultos.

Al llegar a este punto. Dewey suspiró, satisfecho.

—Muy bien —dijo—. ¿Quién lo hizo?

Los dos hombres cambiaron una mirada. No era preciso ser ningún lince para darse cuenta de que estaban mortalmente asustados.

Uno de ellos, llamado Cochy Ash, murmuró:

—Usted sabe cómo son estas cosas, teniente…

—¿Qué cosas?

—Los pistoleros del sindicato y todo eso… Si declaramos, ni nosotros ni nuestras familias estarán a salvo.

—Les garantizo una protección absoluta —gruñó el policía, exasperado—. Nadie podrá acercarse a ustedes o sus familiares. Les llevaremos a un lugar secreto y bien custodiado. Ningún pistolero podrá aproximarse a menos de una milla sin ser abatido a tiros. Y ahora, díganlo de una vez.

Hubo un largo silencio. El otro vigilante, un tal Jennings, murmuró:

—Creo que debemos decirlo, Ash…

—Está bien, si nos protegen después.

El teniente esperó dominando su impaciencia.

Y al fin, la confesión llegó.

—Fue Frank Decosta, teniente —dijo Jennings—. El y otro al que no pudimos reconocer.

—¿Quién de ellos dos disparó la pistola?

—Decosta.

—¿Seguro?

—Por completo. Y también fue él quien golpeó al pobre tipo… mientras su esbirro le mantenía bien sujeto.

Dewey habló por el intercomunicador, pidiendo la presencia de los detectives de primera Flats y Kenny.

—A partir de este momento —les dijo a los dos testigos—, serán ustedes mantenidos en permanente custodia.

Los dos jóvenes policías entraron en el despacho. Los dos eran de parecida contextura, y el teniente sabía que podía confiar en ellos hasta el límite, porque ambos llevaban el espíritu de la policía en el tuétano de sus duros huesos.

—Tráiganme a Frank Decosta —ordenó.

—¿Decosta fue quien mató al periodista? —inquirió Kenny.

—Sí.

Flats esbozó una mueca.

—Tendrá una coartada a prueba de bomba, como de costumbre.

—Le haré tragar su coartada —aseguró Dewey—. Ustedes tráiganlo aquí. Es todo.

Los dos salieron de estampida.

El teniente organizó un servicio de custodia para los dos vigilantes, un servicio provisional mientras se decidía el lugar a que debían ser trasladados junto con sus familias.

Pero para ello debía ponerse de acuerdo con el fiscal del distrito, cuando el caso pasara a sus manos, de modo que el teniente hubo de esperar a tener al cabecilla del crimen organizado en su poder.

Eso no sucedió hasta últimas horas de la tarde. Los dos jóvenes detectives entraron empujando al gigantesco *gángster*, al que Dewey miró con evidente furor y desprecio.

El poderoso pistolero entró pisando firme, se dejó caer sentado ante la mesa del teniente, y gruñó:

—Veamos qué tripa se le ha roto ahora, teniente. Ese par de mastuerzos me han secuestrado de mala manera cuando…

Flats dijo, interrumpiéndole:

—Estaba en el apartamento de su fulana, teniente.

Decosta rugió:

—¡No es ninguna fulana, bastardo!

—Tómelo con calma —rió Dewey.

—¡La próxima vez que traten de este modo a Lee les aplastaré, desgraciados!

—Sí, bueno… ¿Se llama Lee?

La voz del teniente expresaba una tensa calma.

—Lee Doran.

—Apuesto que es una buena chica.

—¡Pues claro que lo es! Le he pedido que se case conmigo.

El teniente le miró como si estuviera ante un habitante de otro planeta.

—¿Casarse? —bufó—. ¿Quiere decir que pretende casarse con usted?

Decosta se esponjó.

—¿Por qué no? Soy un hombre como los demás… tal vez un poco mejor parecido incluso.

—Admitido. Y, además, es usted un asesino, Decosta.

—¿Sabe usted lo que está diciendo, polizonte?

—Seguro que lo sé. Usted, mató a Bill Anderson, anoche, en el muelle 190.

—Usted está loco.

—Esta vez se pasó de rosca, Decosta —prosiguió el teniente de modo implacable—. No se puede matar a un reportero y esperar que todo siga igual. ¿Ha leído usted los periódicos de esta tarde?

—Nunca los leo.

—Piden la cabeza del asesino. La piden en grandes titulares. Y el *News Récord* ofrece una recompensa de cinco mil dólares a quien facilite la captura del criminal…

—Y usted quiere esos cinco mil, ¿eh? —rió el *gángster*.

—Quiero sentarle a usted en la silla eléctrica.

—Habrá de esperar muchos años para que eso suceda, polizonte.

Ya pasaron los tiempos en que cualquier desgraciado pies planos podía gritarle a Frank Decosta. Ahora soy el presidente de un sindicato, tengo relaciones, influencias y dinero suficiente para empapelar a toda la sucia policía de esta ciudad.

Inesperadamente, la mano del teniente volteó con implacable furor. La bofetada estalló en la cara del criminal como un pistoletazo y la cabeza del pistolero se bamboleó de un lado a otro.

—¡Maldito sea! —rugió Decosta, levantándose de un brinco.

—¡Siéntese!

—¡Le voy a…!

Flats se aproximó a él.

—El teniente dijo que se siente, Decosta —le recordó con voz suave.

—¡Todos ustedes son un puñado de desgraciados! Les barreré de la policía, haré que…

Flats apoyó su manaza en la cara congestionada del pistolero y empujó brutalmente.

—Le han dicho que se siente…

Decosta cayó de golpe sobre la silla. Iba a levantarse otra vez cuando Kenny le descargó un seco trallazo en la base del cuello con el borde de la mano.

El *gángster* rugió de dolor, encorvándose, lleno de ira.

Plácidamente, Dewey dijo:

—Esta vez voy a hacerle pedazos, Decosta. Cuando llegue a la silla eléctrica será una piltrafa aplastada y sucia que sólo infundirá asco…

—¡No pueden hacerme eso a mí!

—¿Por qué no? Es usted un asesino. El fiscal pedirá y lo obtendrá un veredicto de asesinato en primer grado, y la sentencia es la muerte. ¿Qué esperaba después de asesinar a un reportero?

—¡Yo no le maté!

—Bueno, yo digo que sí lo hizo.

—¡Pruébelo, imbécil!

—Por supuesto. Ya lo he probado, Decosta.

—¿Qué?

—Tengo dos testigos.

—¿Que tiene qué?

—Dos testigos. Son suficientes para una corroboración legal.

El pistolero pareció encogerse sobre sí mismo.

—No le creo —dijo.

Su voz había perdido toda agresividad.

—No me importa que lo crea o no. Dos hombres le vieron cometer el crimen, ocultos tras una estiba de bultos. ¿Recuerda que había un montón de fardos cerca de donde mató a Bill Anderson?

—Yo no le maté.

—Tonterías. Ya le dije que esta vez le tenía bien sujeto, hijo de perra.

—Quiero llamar a mi abogado.

—¿Ahora se acuerda?

—Tengo derecho a ello, sé cuáles son mis prerrogativas en un caso como éste.

Kenny terció:

—Un puerco asesino como usted no tiene derecho alguno, Decosta, excepto confesar el crimen.

—¡Infiernos confesar! —aulló—. ¡No tengo nada que confesar!

—No tenemos prisa, Decosta —dijo el teniente—. Esto puede durar tanto tiempo como usted quiera…

—Lo único que quiero es llamar a mi abogado.

—¿Quién es su abogado?

—Leycester Hyde.

Dewey bufó.

—El más sucio picapleitos del Estado, ¿eh? Si no me equivoco, forma parte también del consejo de dirección de su marrullero sindicato.

—Déjeme llamarle o se meterá usted en un lío.

—Prefiero meterme en un lío.

Flats gruñó:

—Teniente, ¿por qué no sale usted a tomar un café en ese bar de la esquina, y nos deja a Kenny y a mí con ese tipo? Necesita un tratamiento «suavizante», creo yo.

Dewey hizo una mueca.

—No quiero que tenga señales de golpes cuando llegue ante el fiscal.

Kenny rió.

—Le aseguro que no se le verá ninguna señal…

Decosta se levantó de un brinco.

—¡No tienen derecho a golpearme! —chilló—. ¡Les demandaré en cuanto llegue mi abogado!

—Hasta que él llegue, podemos hacerle pedazos, tipo listo.

Decosta alargó la mano y logró descolgar el teléfono. El puño de Flats se abatió como una maza sobre su muñeca, y el golpe, al repercutir sobre la mesa, pareció el estallido de una bomba. Fue tan fuerte que el auricular saltó en pedazos.

Dewey frunció el ceño.

—Cuidado, Flats —gruñó—. No disponemos de fondos para reparaciones telefónicas…

Decosta estaba retorcido, sujetándose la muñeca, gimiendo como una bestia herida.

Flats reconoció:

—No quise romper el teléfono, teniente, sólo la muñeca de ese perro… Lo siento.

Kenny empujó a Decosta, obligándole a sentarse otra vez.

—Empecemos por el principio —dijo el teniente—. ¿Nombre?

El *gángster* le miró con todo el odio del infierno en sus ojos porcinos.

—Frank Decosta… como si no lo supiera usted.

—¿Edad?

—Cuarenta.

—¿Cuarenta qué? —bufó Kenny.

—¡Años, imbécil!

—Años… imbécil. ¿Qué?

Kenny volteó la mano de un modo raro. Las puntas de sus dedos, duras como el hierro, se hundieron en el estómago del pistolero como cuchillos.

Decosta cayó de bruces sobre la mesa, los ojos estrábicos, la boca terriblemente abierta tratando de engullir aire sin lograrlo.

Kenny dijo pausadamente:

—Esa clase de golpes no dejan señales, teniente, excepto si le revientan por dentro.

Decosta gimió:

—¡Quiero llamar a mi abogado!

—Luego, cuando terminemos con usted. ¿Dónde vive?

Boqueó angustiosamente.

—¿No me oyó?

Se echó atrás en el asiento, jadeando. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Leavenword, cinco, siete dos…

—¿Profesión?

Flats respondió por él:

—Asesino.

—¿Profesión, Decosta? —repitió Dewey.

—Diablos… lo sabe… presidente y tesorero de un sindicato…

—¿Por qué mató a Bill Anderson?

—Yo no lo maté.

—Sabemos que fue usted.

—Quiero llamar a mi abogado.

—Tenemos dos testigos, hijo de perra.

—Esos testigos mienten… Llamen a mi abogado de una vez.

—¿Tenía usted miedo que los reportajes de Bill Anderson dieran valor a los trabajadores del puerto, y decidieran sacudirse el yugo que les sujeta a su sindicato?

—Quiero a mi abogado.

Flats gruñó:

—Yo quiero una bailarina rubia que vi el otro día… pero no hay nada que hacer. Pica muy alto para mí.

—¡Llamen a Hyde!

—Más tarde. ¿Por qué le mató, Decosta?

—No diré nada sin la presencia de mi abogado.

Eso se prolongó hasta el amanecer.

Entonces, el caso pasó a manos del fiscal del distrito.

CAPÍTULO III

El jefe de redacción del *News Récord* movió la cabeza, inquieto.

—¿Quieres suicidarte tú también? —Gruñó.

El hombre que se erguía ante él, en el despacho, era alto y recio, más parecido a un luchador que a un periodista. Tenía un rostro curtido, de ojos agresivos y acerados y mandíbula como un cepo.

—Yo no soy un muchacho inexperto como el pobre Bill —dijo—. No debió usted dejarle…

—No empecemos otra vez —le atajó el jefe—. Bill era testarudo como una mula del ejército. En eso se parecía a ti, Marty.

—Está bien, ¿sí o no?

—Espera a ver qué sale de todo esto. Si Decosta cae de su pedestal, entonces hundiremos su maldito sindicato. Pero si por cualquier triquiñuela consigue salir bien librado de esta acusación, no quiero que tú también vayas a reunirte con tus antepasados.

Marty Breet juró entre dientes.

—Yo cuidaré de mi propio pellejo —aseguró—. ¿Puedo contar con el periódico o no?

—¡Maldita sea! ¿Por qué infiernos se me ocurriría meterme en este sucio trabajo? —se lamentó el jefe de redacción.

Marty sonrió.

—Tú y yo somos de la misma madera —dijo—. Ya te mandaré lo que consiga.

—Me gustaría saber de qué clase quieres el entierro, muchacho. Con flores o sin ellas, y con un ataúd de roble o…

—Eli je tú mismo.

La puerta se cerró tras el reportero y éste se vio inmerso en el seco tableteo de las máquinas de escribir y los teletipos de la sala general de redacción.

La atravesó resueltamente y descendió a la calle.

La imagen del joven Bill Anderson, tal como lo viera en el depósito, casi decapitado por el balazo a bocajarro y destrozado por los golpes, se le apareció una vez más.

Bill había sido su discípulo.

Mejor aún, su amigo.

Echó a andar y media hora más tarde entraba en el despacho del teniente Dewey.

Éste soltó un rotundo taco cuando le vio.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —bufó el policía—. Ya hice una declaración para la Prensa.

—Lo sé, pero yo no asistí a ésa rueda de preguntas y respuestas. Nunca lo hago.

—¿Y a mí qué me cuenta?

—Quiero informes de primera mano, teniente. Bill Anderson trabajaba para mi periódico.

—Es una noticia.

—Quiero continuar lo que él empezó.

Dewey se recostó en su sillón.

—Me dijeron que quedaban un par de plazas libres en la *Morgue*, Breet…

—También la silla eléctrica está libre todavía.

—¿Y…?

—Quiero que Decosta se siente en ella.

—En eso coincidimos.

—Hábleme de esos testigos.

—Lo siento; confidencial, ya sabe…

—Eso no sirve conmigo. Todo lo que piense es que deben ser custodiados hasta el juicio. No sería la primera vez que se desdicen… o que les cierran la boca. ¿Qué ha decidido usted al respecto?

—Escribí un memorándum al comisario esbozándodole un plan de protección. Serán trasladados a otro estado, y custodiados por cinco hombres de modo permanente, ellos y sus familias. Se elegirá un lugar aislado, de modo que nadie pueda acercarse a él sin ser descubierto desde mucha distancia.

El periodista suspiró.

—Eso me parece muy bien, teniente… ¿Qué dice el comisario?

—Le pareció bien y prometió pasarle el plan fiscal del distrito. Todo el caso le pertenece a él ahora.

—Eso ya no me parece tan bien —refunfuñó el reportero.

—¿Por qué?

—El fiscal es un tipo con ambiciones políticas… lo mismo que el comisario. Sus cargos dependen de los políticos.

—Ésa no tiene nada que ver.

—Veremos. ¿Qué me dice de los esbirros de Decosta?

—Les interrogamos. Ninguno soltó prenda.

—¿Esperaba usted que lo hicieran?

Dewey sonrió.

—Desde luego que no. Pero les metimos el miedo en el cuerpo. Les dimos a entender que les mantendríamos vigilados, a ellos y a los matones del sindicato…

—Ya veo. ¿Por qué Bill Anderson fue al muelle, teniente?

—Maldito si lo sé. Tal vez le llevaron allí…

—Fue por su propia voluntad. No habría acudido sin una razón muy sólida. Bill era un inconsciente cuando se trataba de su trabajo, pero no tenía nada de tonto.

—Entonces, alguien le tendió una celada.

—Alguien que supo infundirle suficiente confianza. Eso no lo hubiera conseguido ninguno de los rufianes de Decosta —aseguró Marty Breet—. ¿Quién pudo ser?

—Me temo que eso no lo sabremos jamás. Marty.

—Yo pienso averiguarlo. Otra cosa, teniente; ¿cuándo podré hablar con los dos testigos?

—No podrá usted hacerlo. Serán mantenidos incomunicados hasta la vista preliminar.

—No me gusta eso…

—El fiscal lo dispuso. Hable con él si quiere.

—Por supuesto que hablaré con el fiscal.

—Ahora, me gustaría seguir trabajando, Marty… Estoy muy ocupado con todo este embrollo.

—Está bien, ya me largo. ¿Cuándo podré saber qué se ha decidido respecto a la custodia de esos hombres y sus familias?

—Le repito que esto ya no depende de mí. Yo establecí el plan, pero su ejecución depende en última instancia del fiscal del distrito.

El reportero se encaminó a la puerta, sólo que antes de salir dijo:

—Lea el *News* de mañana, teniente… Creo que le gustará.

Cerró la puerta, dejando al policía perplejo y preocupado.

El teniente conocía bien la implacable tenacidad de Marty Breet. Pensó que no le gustaría nada tener que enfrentarse con él en ningún terreno…

Luego, reanudó su trabajo sin poderse librar de un extraño sentimiento de inquietud.

* * *

Marty Breet llamó al timbre y esperó. El rellano era una sinfonía de mármol rosado y una gruesa alfombra cubría el suelo.

Había sólo otra puerta en aquel piso, al otro extremo, sin número ni indicación alguna. Supuso que sería una entrada y salida auxiliar del apartamento al que había llamado.

Entonces se abrió la puerta y ella apareció.

El reportero se quedó sin aliento durante unos instantes, porque a pesar de su experiencia no recordaba haber visto una mujer como aquélla en todos los días de su vida.

Su cabello rubio se desplomaba sobre los hombros, liso y reflejando la luz igual que si estuviera salpicado de oro. Su rostro era pequeño y delicado, con labios plenos y sensuales, repletos de promesas. La expresión de sus profundos ojos verdes era tan vivaz como si estuviera en sus primeros años, aunque después de examinarlos dos veces uno se daba cuenta de que había en ellos un pozo de experiencias.

Tenía un cuerpo alto de largas piernas, cintura fina y busto agresivo y esbelto. Se cubría con una delicada prenda casera que dejaba entrever la belleza de su cuerpo aquí y allá, en suaves transparencias.

—Y bien —dijo la hermosa muchacha—. ¿Qué es lo que quiere?

—Usted es Lee Doran, imagino…

—Exactamente. Y si vende algo puede…

—No vendo nada. A veces compro, pero por lo general sólo hablo. Y escribo.

—Si es un chiste no le veo gracia alguna. ¿Quién es usted, antes que le de con la puerta en las narices?

—Usted no hará nada de eso, hermana. En cuanto a mi nombre

es Marty Breet.

—¿Hay que echar las campanas al vuelo?

—Hágalo. Soy periodista.

—¡Oh!

Intentó cerrar la puerta de golpe, pero él esperaba esa reacción y adelantó el pie, impidiéndole cerrar.

—Calma, muñeca; usted y yo tenemos muchas cosas que decirnos.

—No hay nada que decir… ¡Quite su pezuña de ahí!

—No cabe duda que aprendió en una buena escuela…

El empujó la puerta y se coló dentro, cerrando entonces cuidadosamente.

La muchacha le fulminó con sus ojos chispeantes.

—Tiene cinco segundos para salir de aquí —le espetó—. Después llamaré a la policía.

El enseñó los dientes en una mueca despreciativa.

—Mejor será que llame a los pistoleros de su amor, princesa.

—¿Qué ha dicho?

—Avise a los matones de Decosta, Lee… aunque él esté en chirona, acudirán en ayuda de usted, supongo.

Inesperadamente, la mano de la muchacha volteó y acabó estrellándose en la mejilla del periodista, donde sonó como el chasquido de un látigo.

—¡Fuera de aquí! —bufó.

El se acarició la mejilla sin alterarse. Pero advirtió:

—No lo repita, amor, o le devolveré el golpe.

—¡Usted… usted es…!

Marty sonrió. Miró a su alrededor y fue a sentarse en una enorme y confortable butaca.

—Es emocionante sentarse aquí —comentó—, porque uno se imagina que el gran Frank Decosta soltó su buen dinero por esos muebles. El bueno de Frank, ¿eh?

Ella se encaminó resueltamente al teléfono y lo descolgó.

Breet encendió un cigarrillo. Luego le recomendó:

—Dígales que he intentado forzarla, o no le harán el menor caso… Nunca les hacen caso a las fulanas de los pistoleros.

Ella se quedó inmóvil, rígida, de espaldas a él. Poco a poco devolvió el auricular a su sitio y sin volverse susurró:

—Es usted un miserable… No se necesita mucho valor para insultar a una mujer.

—Decir la verdad no es un insulto en este país.

—Yo no…

Calló. Un largo suspiro la estremeció de arriba abajo.

Necesitó unos segundos para recobrarse.

—¿Qué quiere usted de mí? —inquirió al fin.

—Hábleme de Frank Decosta, de lo que hicieron anoche… o lo que él le ordenó que dijera que habían hecho.

—No tengo nada que decir.

—¿La interrogó la policía?

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—Pregúnteles a ellos.

—Se lo pregunto a usted. Atienda, pequeña tonta; puedo convertirla en un trapo sucio con sólo proponérmelo. Las páginas de mi periódico estarán llenas de su historia al lado de ese criminal…

—Yo no sé que sea un criminal —le interrumpió.

—Usted sabe mejor que nadie qué clase de bastardo es ese puerco. El mató a mi compañero Bill Anderson. ¿Entiende?

—Eso dice usted.

—Yo, la policía y dos testigos presenciales del crimen. ¿Qué clase de estúpida es usted? Decosta está listo. ¿Pretende hundirse usted con él?

Ella se volvió en redondo, rígida y pálida.

—¡Sólo pretendo vivir en paz! —chilló al borde de la histeria—. ¿Es tan difícil conseguir eso?

—Debió pensarlo antes, nena.

—Usted no debe equivocarse nunca.

—Seguro que me equivoco, pero tengo el valor suficiente para reconocerlo y rectificar. Por lo demás, yo no necesito vivir del dinero de ningún asesino.

Ella pareció recibir un golpe. Se tambaleó y, retrocediendo, fue a sentarse en una butaca frente a él.

—Es usted un cobarde —musitó—. Sólo un cobarde gozaría insultando a una mujer.

—Le aseguro que no disfruto en absoluto con esto. Pero quiero meter en su cabeza hueca que voy a seguir adelante con este asunto

a pesar de todo, aplastando todos los obstáculos que se interpongan en mi camino… y usted es un obstáculo en estos momentos.

La voz de la muchacha era débil y vacilante cuando preguntó:

—¿Por qué?

—Porque necesito su ayuda…

—Está loco. Me insulta y ahora me pide ayuda. ¿Qué clase de mujer cree usted que soy?

—No me detuve a pensar en eso.

—¡Vamos, dígalo! ¿Una cualquiera?

—Usted es quien lo dice.

—¡Pero usted lo cree así! ¿Cree que soy una buscona?

—Estamos dando rodeos sin llegar a ninguna parte.

Ella se echó atrás y cerró los ojos.

—Váyase —musitó—. No tengo nada que decir. Aunque quisiera, no podría decirle nada.

—¿Por qué?

—Porque no sé nada.

—¿O quizá porque tiene miedo? O tal vez le han ordenado callar. ¿Es eso?

—Déjeme en paz… Por favor, por favor… ¡Déjeme en paz!

La vehemencia de su voz vibró como un grito. Marty frunció el ceño, impresionado a su pesar por la atormentada expresión de aquella mujer que le desconcertaba.

—Muy bien —dijo, levantándose—. Quería conocerla y ya lo conseguí. Volveré a verla y entonces hablaremos, cuando yo sepa algo más sobre este asunto…

—No tenemos nada que hablar.

El se disponía a replicar cuando el timbre de la puerta sonó inesperadamente. Ella se enderezó en su butaca y una fugaz ráfaga de pánico aleteó en sus ojos.

—¿No va usted a abrir?

Se levantó. El aplastó el cigarrillo en un cenicero y la siguió hacia la salida.

Al abrir la puerta un hombre quedó enmarcado bajo el umbral.

Era alto y delgado, pero con una delgadez que no tenía nada que ver con debilidad, sino todo lo contrario. Su rostro era enjuto y pálido, y la apagada expresión de sus ojos sugería la mirada de una serpiente.

La muchacha musitó:

—Albert…

—¿Quién es éste? —indagó el recién llegado, señalando a Marty.

Antes que la muchacha pudiera responder lo hizo el reportero.

—Me llamo Breet.

—Eso no me dice nada.

—Soy periodista.

Albert frunció el ceño.

—Ya veo. ¿Qué infiernos está haciendo aquí?

—¿Y a usted qué le importa, Bochio?

—¿Me conoce?

—Seguro. Conozco a todos los sucios marrulleros del sindicato portuario.

—Está buscando lo que no tiene, ¿eh?

Avanzó belicosamente. La muchacha retrocedió mortalmente, pálida. Marty Breet no se movió.

—Piénselo dos veces, Bochio —dijo solamente—. Yo no soy un inexperto como Bill Anderson.

—¿Qué ha dicho?

—Matarme a mí les costará un poco más. Y antes algunos de ustedes me precederán camino del infierno. Y ahora, apártese de mi camino. Ya me iba cuando usted llegó.

—¡Maldito si…!

La mano derecha de Bochio voló hacia su sobaco. La muchacha dejó escapar un agudo grito.

Marty golpeó.

Fue un golpe de abajo arriba, medido hasta la última partícula de su fuerza. La nariz del pistolero estalló como una granada demasiado madura y un surtidor de sangre se precipitó por su cara, hasta derramarse por la pechera de la hasta entonces inmaculada camisa.

No obstante, logró extraer la pistola de su funda, sólo que el hombre que estaba ante él no era un inexperto, tal como el mismo Marty le advirtiera.

Su rodilla subió como un cohete y se hundió en la ingle del capitoste del sindicato. Sonó como algo semejante a un *bluff* apagado y Bochio se dobló en dos, casi olvidado de su pistola.

Marty aprovechó para descargar sus dos puños unidos sobre la

indefensa nuca de su enemigo y éste se derrumbó de bruces. La sangre echó a perder la costosa alfombra en unos segundos.

—Creo que va a tener usted un poco de trabajo cuando yo me haya ido —rezongó el periodista entre dientes.

Sacó el pañuelo del bolsillo, envolvió con él la pistola del caído y sin titubear se la guardó en el bolsillo.

La muchacha susurró:

—¿Y ahora qué, tipo listo?

El enarcó las cejas, perplejo.

—¿Cómo que ahora qué?

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Cuídelo antes que se desangre del todo. O llame a un médico. Creo que le he roto la nariz.

—Y él me romperá a mí el cuello… Es una bestia cuando está furioso.

—Debió elegir mejor a sus amigos, primor. Nos veremos.

Abrió la puerta y salió, cerrándola suavemente.

Lee Doran se quedó inmóvil, mirando la cerrada puerta durante mucho tiempo… sin verla.

Después, procurando pisar lejos de la sangre que encharcaba la alfombra, volvió atrás y descolgó el teléfono.

CAPÍTULO IV

El fiscal del distrito echó a un lado el informe y se recostó en su sillón. No puede decirse que se sintiera feliz en aquellos momentos.

Dio una mirada cargada de resentimiento al montón de periódicos que se apilaban en una esquina del despacho. Hubiera podido recitar de memoria todos los grandes titulares dedicados al «caso Decosta». En ninguno de ellos figuraba su nombre, pero sí el del teniente Art Dewey.

Un poco más, y los reporteros convertirían a Dewey en un héroe nacional por haber resuelto el caso personalmente.

Pensó con amargura en los tiempos que se avecinaban. Dentro de pocos meses los responsables de los partidos políticos escogerían al hombre que sería el próximo alcalde. Una buena publicidad le habría venido como anillo al dedo, y en lugar de ello, los estúpidos reporteros ni siquiera mencionaban el nombre del fiscal en sus corrosivos artículos.

Hizo una mueca. A disgusto volvió a leer el memorándum recibido del comisario de policía, referente a la custodia de los dos testigos.

Resumiendo, le proponían un lugar en el estado de Arizona, con un regimiento de policías, viajes y todo le demás.

Un plan muy costoso, y en las actuales circunstancias el fiscal necesitaba realizar infinidad de números para que sus fondos públicos, además de las atenciones normales, pudieran alcanzarle para algunas extraordinarias destinadas a satisfacer la vanidad de los políticos que deberían elegir el futuro alcalde…

En consecuencia, rechazó el plan de arriba abajo.

Los testigos y sus familias fueron alojados en hoteles diferentes, custodiados noche y día por dos detectives de la oficina del fiscal

con órdenes estrictas.

Cuando la noticia saltó a las páginas de los periódicos, el teniente Dewey sufrió un ataque de ira tan agudo que sus dos ayudantes creyeron que estaba al borde de una coronaria fulminante.

Flats dijo:

—Tómelo con calma, teniente. Después de todo, nosotros ya estamos fuera del caso.

Kenny asintió con un cabezazo y añadió:

—Es cierto, teniente. La responsabilidad es del fiscal ahora.

—¡No, condenación! Fui yo quien garantizó a esos dos hombres una protección absoluta. ¡Fui yo quien elaboró un plan que ofrecía el ciento por ciento de seguridades!

—Bien, los agentes de la fiscalía los custodian y…

—¡Infiernos custodian! Esos tipos no han visto en su vida un pistolero de cerca. Todo lo que han hecho han sido ligeras investigaciones sobre testigos, o miembros del jurado para que su jefe pudiera repudiarlos si no ofrecían garantías… ¡Condenación! Si les sucede algo a esos pobres tipos y sus familias presentaré mi renuncia.

—Cálmese, teniente. Nada sucederá.

Pero sí sucedió.

Fue una semana más tarde, una noche en que una furiosa tormenta se abatía sobre la ciudad.

El vigilado llamado Jennings y su familia ocupaban dos habitaciones del piso veintidós del hotel Globe. Jennings dormía en una y su familia en la otra. En el pasillo, ante las dos puertas, montaban guardia dos detectives de la fiscalía.

Mientras los relámpagos y los estampidos de los truenos retumbaban en la noche, una sombra se deslizó por el pasillo del piso veintitrés.

Sabiendo de antemano lo que buscaba, el hombre encontró la portezuela dentro de la cual se alineaban varios fusibles y dos llaves de contacto de la electricidad. Bajo cada fusible había una indicación de los pisos a que correspondía.

El hombre alargó la mano cubierta por un guante negro y en unos segundos hubo sacado los fusibles que le interesaban, sustituyéndolos por otros que llevaba preparados, cuando ya la

oscuridad más absoluta reinaba en el piso inferior y en el otro de más abajo.

Los fusibles que acababa de colocar estaban fundidos de antemano.

Los dos detectives, en el pasillo a oscuras, se levantaron de un brinco.

Uno de ellos gruñó:

—¡Esta maldita tormenta…!

—Mejor será que vayas abajo a ver qué sucede. Yo me quedaré aquí.

—Está bien.

El detective que quedó en el pasillo acarició la culata de su revólver de reglamento. Pensó que estaba demasiado nervioso, aunque lo atribuyó a la electricidad del ambiente.

Entonces oyó un leve rumor en la escalera. Decidido como tratando de demostrarse a sí mismo que no estaba asustado, se dirigió a los primeros peldaños y miró hacia el negro pozo de sombras.

Entonces, su pie tropezó con algo extraño, se enredó y perdiendo el equilibrio se precipitó escaleras abajo con un tremendo estrépito.

La sombra retrocedió apresuradamente, mientras el detective seguía dando tumbos. Abrió una puerta y se coló al interior a oscuras. Pudo distinguir el rectángulo de la ventana cuando un relámpago rasgó la espesa capa de nubes que flotaba sobre la ciudad.

Desde el lecho, Jennings preguntó con voz tranquila:

—¿Es usted, Burton? Vaya nochecita…

—Sí —respondió la sombra.

Se acercó al lecho. Una corta porra subió y bajó como un rayo.

Jennings apenas si emitió un leve lamento.

El asesino le sacó de la cama. Jennings pesaba lo suyo, de modo que el individuo necesitó echar mano de todas sus fuerzas para arrastrarlo hasta la ventana, que abrió.

Un instante después, el cuerpo del testigo volaba por los aires para ir a estrellarse en la acera, veintidós pisos más abajo.

Cuando la sombra se fue, en la escalera, todavía a oscuras, se oía un alboroto de todos los diablos, y los pasos apresurados de los detectives subiendo y maldiciendo a un tiempo.

* * *

Marty Breet se enteró de la noticia cuando acababa de tomar una ducha en su apartamento. Notó un largo escalofrío en todos sus miembros, al tiempo que un furor sordo lo dominaba.

Se enfundó en los pantalones. Fuera, más allá de la ventana, los relámpagos se sucedían convirtiendo la noche en un rojizo día.

Apagó la radio y descolgó el teléfono. En vano trató de comunicar con el teniente Dewey y después con el fiscal del distrito.

Colgó y acabó de vestirse.

Estaba anudándose la corbata cuando el teléfono sonó. Descolgándolo, oyó la voz del jefe de redacción.

—¿Te has enterado de la noticia, Marty?

—Acabo de oírlo por la radio.

—Suicidio, según acaba de notificar el fiscal.

—Eso no lo creeré en mil años. ¿Cómo sucedió?

—Maldito si lo sé. El fiscal ha ido al hotel y todo lo que los muchachos han podido sacarle era que Jennings, trastornado sin duda por la tensión nerviosa, se había arrojado por la ventana.

—¿Y los detectives que le vigilaban?

—Averígualo, muchacho.

—No te quepa duda que lo haré.

—Suerte. Y cuidado. Cuando esa gente empieza a moverse corre la sangre, ya sabes.

—Sí.

—Otra cosa…

—Dime.

—¿Qué sabes de la pistola que le quitaste a Bochio?

—No sirvió de nada. Se la entregué a Dewey para que hiciera unos disparos de prueba por si tenía alguna bala, de un asunto no resuelto, que hubiera sido disparada por esa arma. No había ninguna.

—Mala suerte. Muévete, chico.

Colgó y durante unos instantes permaneció inmóvil, mirando frente a sí sin ver.

Al fin tomó una determinación. Fue al dormitorio y abrió el armario, de cuyo fondo sacó una vieja maleta. Del interior de ésta extrajo una caja cuadrada y con ella en la mano volvió a la salita.

La caja contenía un revólver «Colt-Cobra» calibre 38, con un corto cañón que apenas si mediría una pulgada. Abrió el vacío cilindro, examinó el mecanismo de disparo, y de la misma caja sacó un puñado de cartuchos.

Cargó el revólver cuidadosamente. Los cartuchos que sobraron los guardó en el bolsillo. Sólo entonces abandonó el apartamento.

Tal como dijera, para matarle a él iban a tener más dificultades que en el asesinato de Bill Anderson.

Descendió al garaje del edificio, montó en su coche y tomó el camino del hotel en que se alojaba el otro testigo, Cochy Ash, y su familia.

Al llegar descubrió un inusitado movimiento de policías en el vestíbulo. También identificó al fiscal del distrito y al teniente Dewey, discutiendo acaloradamente en un rincón.

Un policía uniformado le cerró el paso en la puerta.

—Periodista —dijo Marty—. Quiero hablar con el fiscal.

—Lárguese, hermano. El fiscal ha convocado una rueda de Prensa en su oficina para las ocho de la mañana.

—Para entonces no me servirá de nada.

Trató de entrar, pero el guardia se mostró resuelto y muy rudo. Breet dijo:

—Ese celo podían haberlo utilizado para proteger a Jennings, ¿no cree?

—Mire, no me busque dificultades, amigo. Yo no sé nada de nada. Únicamente que no puedo dejar pasar a nadie.

—Éste es un edificio muy viejo, compañero. Debe tener otras entradas, además de ésta…

—Todas están custodiadas.

—Ya veo…

En aquel instante, Dewey le descubrió. Hizo una seña al guardia y el periodista se coló al interior. Llegó a tiempo de ver al fiscal desaparecer en el ascensor.

El teniente encendió un cigarrillo. Estaba muy pálido y sus ojos brillaban como si tuviera fiebre.

—¿Y ahora qué? —dijo Breet.

—No me lo pregunte… ¡Ese maldito y ambicioso hijo de perra!

—¿El fiscal?

—¿Quién si no? Pero como publique una palabra de éstas le

mato, Breet.

—Olvídelo. ¿Cómo sucedió?

—Se fundieron los plomos.

—¿Todos?

Dewey se encogió de hombros.

—Siete pisos a oscuras. Uno de los detectives fue a ver qué sucedía. El otro tropezó y cayó escaleras abajo. Éste salió con un brazo roto y multitud de contusiones…

—Ya veo… Jennings saltó por la ventana justamente cuando sucedía todo esto, ¿eh?

El teniente asintió, sombrío.

Marty soltó un sonoro juramento.

—¿Qué piensa usted? —preguntó.

—Nada. No quiero pensar.

—Ahora sólo les queda un testigo. Usted conoce la ley tan bien o mejor que yo. No les servirá de mucho sin corroboración.

—El caso pertenece al fiscal.

—¿Es eso lo que realmente piensa usted, Dewey?

Éste le miró. Sus ojos estaban terriblemente cansados.

—No, pero es lo único que puedo decir.

—¿No va a hacer nada para proteger al que queda?

—¿Qué maldita cosa puedo hacer? El fiscal pediría mi cabeza si tratara de interferir en su terreno. Hemos tenido una escena muy borrascosa cuando usted llegó… Sigue afirmando que Jennings se suicidó.

—Ya veo…

—Por lo menos, Ash está mejor custodiado… hay detectives de la fiscalía en cada entrada o salida de este viejo edificio, incluso al pie de la escalera de incendios…

En ese instante escucharon las secas detonaciones de un revólver, en alguna parte.

CAPÍTULO V

No esperaron el ascensor. Saltando los peldaños de cuatro en cuatro, el teniente y Breet se lanzaron escaleras arriba en medio del tropel de policías que les imitaron en escasos segundos.

Antes de llegar al piso en que estaban las habitaciones ocupadas por Ash y su familia oyeron los histéricos chillidos de una mujer. Después, pudieron distinguir las destempladas voces de alguien que repartía órdenes como si fueran disparos.

El pasillo era un manicomio. Había policías corriendo de un extremo a otro, como perdidos en un laberinto. Los detectives de la fiscalía habían desaparecido, y el propio fiscal trataba de empujar a una mujer hacia una habitación, en cuyo umbral asomaban las caras asustadas de dos chiquillas de corta edad.

—¿Qué sucedió? —rugió el teniente, plantándose al lado del fiscal.

Éste ni siquiera le miró. La mujer aullaba y se debatía en plena histeria, tratando de llegar a una puerta cerrada.

Dewey se apartó, gruñendo, y abrió aquella puerta. Breet le siguió.

Un detective estaba asomado a la ventana, empuñando su revólver de reglamento. En las escaleras de hierro se oían los pasos de los hombres que descendían a saltos.

Sobre la cama, el cuerpo de Ash se desangraba por los dos agujeros que las balas habían abierto a su paso, uno en el pecho y otro entre los dos ojos.

El teniente se detuvo como si acabara de herirle un rayo. Su rostro se contrajo como una máscara, lleno de furor implacable.

El detective se volvió.

—¡Eh! ¿Qué demonios están haciendo aquí?

—Soy el teniente Dewey —bufó éste—. ¿Cómo inflemos pudieron hacerlo?

—Sean ustedes quienes fueren, salgan de aquí. El fiscal ha ordenado…

Dewey le empujó a un lado brutalmente y se dirigió a la ventana. El detective dio un traspiés y de no haberse apoyado en los pies de la cama hubiera caído al suelo.

Tan pronto recobró el equilibrio corrió en pos del teniente, barbotando su disgusto.

Desde el otro lado del lecho, Marty Breet sacó tina diminuta cámara fotográfica y disparó un par de veces captando la visión del cadáver ensangrentado. Acababa de guardarse la minúscula cámara cuando el teniente se volvió, rojo de ira y despecho.

—¡Cierre su bocaza, inútil! —chilló, empujando otra vez al detective—. ¡Ciérrela o le juro que le arrojaré por esa ventana, malditos sean!

Impresionado a su pesar, el detective del fiscal retrocedió, muy pálido, sosteniendo el revólver como si no supiera qué hacer con él.

Breet dijo:

—Creo que ahora tendrá usted que volver a empezar, Dewey.

—¡Cállese usted también!

Estaba como loco, plantado al lado de la cama, la mirada desorbitada y fija en el cuerpo del pobre vigilante.

Los aullidos de la mujer sonaban apagados, en la habitación vecina, mezclados ahora con el llanto de las chiquillas y la voz alterada del fiscal.

Tras unos minutos, el teniente se frotó furiosamente la cara con las manos. Entre dientes farfulló:

—Podría matar a alguien por esto y no me remordería la conciencia…

—Sé cómo se siente —dijo Breet.

—¿Qué infiernos puede usted saber? Ese pobre tipo confió en mí. ¿Y qué es lo que consiguió? Una bala en los sesos… ¡Eso es lo que consiguió! Me pregunto…

—Tranquilícese. Por lo menos, de éste no podrá decir el fiscal que se suicidó, ¿eh?

—Le dispararon desde la ventana. El asesino no tuvo más que detenerse en el rellano de la escalera de incendios… ¡Y dicen que

había un detective al pie de esa escalera!

El de la fiscalía gruñó:

—Y estaba, teniente. Me relevó a mí hace media hora.

—Espero que le hayan matado también —dijo el policía brutalmente—. De ese modo su jefe tendrá una excusa para lo sucedido…

Se encaminó a la puerta andando como un beodo. Marty le siguió, tan furioso como el policía por lo menos.

En el pasillo se detuvieron, mirándose uno al otro como si se vieran por primera vez.

—¿Y ahora qué? —rezongó el periodista.

—No me lo pregunte a mí.

—No podrán mantener la acusación contra Decosta. Se verán obligados a soltarlo.

—Sí, eso me temo…

—¿Qué piensa usted hacer, teniente?

—¿Yo? Presentar mi renuncia. Jamás me perdonaré haber impulsado a esos dos desgraciados a confiar en la policía… Si no lo hubiese hecho todavía vivirían.

—Olvídelo. Usted hizo lo que debía.

—No lo creo yo así. Y lárguese de aquí. No tiene derecho a meter la nariz en esto.

—Claro que me voy… Pero antes quisiera decirle un par de cosas al fiscal, teniente.

Dewey le miró, receloso.

—Dígaselo a través de las páginas de su periódico, Breet. Quizá sirva de algo, aunque lo dudo.

—Es una idea… Voy a convertir al fiscal en un muñeco, así sea lo último que escriba en mi vida.

Y se fue.

Dewey titubeó unos instantes. Sentía unos impulsos terribles de golpear al fiscal hasta desmenuzarlo. Creyó que si volvía a verlo no podría contenerse y por eso se marchó también, tan furioso como amargado.

Los gritos de aquella mujer siguieron resonando en su cabeza incluso después de haber abandonado el hotel.

* * *

Comenzaba a amanecer cuando Marty Breet abandonó su despacho de la redacción y se dirigió al bar del edificio, en la planta primera. Pidió café negro y engulló dos tazas sin saborearlo. Luego, encendió un cigarrillo.

Su nombre saltó por altavoz, seguido de la notificación pertinente para que se presentara en el despacho del redactor jefe.

Con una mueca se encaminó allí.

El hombre no parecía precisamente feliz cuando lo recibió.

—Espero que sepas lo que haces —dijo de entrada su jefe.

—Deja eso de mi cuenta.

—Estás llegando al límite, Marty. El fiscal saltará hasta el techo cuando lea esto —dijo, señalando el periódico que descansaba sobre su mesa, todavía húmedo y oliendo fuertemente a tinta—. Y esa fotografía no contribuirá a ponerlo de buen humor precisamente. ¿Cómo diablos pudiste conseguirla?

—Cuestión de suerte.

—Sí, suerte; te conozco, muchacho. Bueno, estaba diciendo que el fiscal se pondrá bueno cuando lea esto. Puede demandar al periódico, ¿lo sabes, no es cierto?

—Sí, pero no lo hará.

—¿Cómo puedes afirmarlo?

—Porque se dará cuenta que estamos sobre él. Si nos desafía se encontrará con un cartucho de dinamita bajo la nariz, pronto a estallarle cuando menos le convenga. ¿Has olvidado que se aproximan las elecciones para alcalde?

—Entiendo…

—¿Estás de acuerdo en publicar eso tal como está?

—Lo haré, aunque me arriesgo a que el consejo de administración me ponga de patitas en la calle. No les gustará que ahora, sin testigos, llames asesino a Decosta con letras de setenta y dos puntos.

—Si se disgustan diles que me lo digan a mí. ¿Qué otra cosa se te ocurrió para llamarme?

—Pensé que te interesaría saberlo… Los afiliados al sindicato de ese bastardo han convocado una reunión para la próxima noche, desafiando las órdenes de los cabecillas. Si encuentras manera de colarte, sería interesante tener una reseña de lo que tratan. ¿No te parece?

—Eso puedo conseguirlo sin asistir a la reunión. Tengo amigos en los muelles.

—¿Y dónde infiernos no los tienes? —rió el jefe de redacción, mientras el periodista salía del despacho resueltamente.

Al pasar junto al mostrador tras el cual estaba la centralita telefónica, la muchacha encargada de la misma exclamó:

—¡Caramba, Marty, pensé que estabas fuera!

—¿Por qué, alguna llamada?

—Esa mujer…

—¿Qué mujer, encanto?

—La que llamó dos o tres veces cuando no estabas aquí. Ha vuelto a llamar hace apenas dos minutos. Traté de establecer comunicación con tu despacho, pero al ver que no contestabas creí que todavía seguías ausente.

—¿Te dijo su nombre?

—Se lo pregunté, pero sólo dijo que se trataba de algo personal. Colgó sin dar más explicaciones.

—Bien, si vuelve a llamar dile que estoy en mi apartamento. Quiero tratar de dormir un poco.

—De acuerdo, aunque es una hora extraña para acostarse, ¿no crees?

—Cada uno duerme cuando puede en esta casa. Gracias, primor.

Se alejó. Los ojos de la muchacha le siguieron hasta perderlo de vista. Y sus pensamientos no tenían nada que ver con el trabajo entonces…

CAPÍTULO VI

El abogado Leycester Hyde trabajó con la laboriosidad de una atareada ardillita, hasta el punto que, dos días después de la muerte de los testigos, la justicia se vio obligada a soltar a Decosta.

Fue un día infausto para la ley.

Pero un día grande para el pistolero.

Arrellanado en el asiento posterior del gran «Cadillac» negro, junto al abogado, volvía a sentirse el dueño del mundo.

—Buenas se la hemos jugado, abogado —exclamó de pronto.

—Pero ha costado mucho, Frank.

—¿Mucho dinero quieres decir?

—Demasiado.

—Bueno, el dinero es para gastarlo.

—Pero no de ese modo. Esta vez, la mayoría de cuerdas que he tratado de pulsar han fallado. Y eso quiere decir que la próxima vez serán más todavía a volverte la espalda.

—Esos bastardos hijos de perra, con el dinero que se embolsan, y cuando se les necesita se echan atrás… Yo les enseñaré, Hyde.

—Espera a que llegue otra próxima vez.

El chófer manejaba con absoluta pericia, deslizándose entre el tráfico con gran habilidad, ajeno a la conversación de los dos hombres.

—¿Cuánto, de todos modos? —preguntó de pronto Decosta.

—¿Cuánto qué?

—Lo que hubo de pagar, hombre, ¿qué otra cosa? Tú acabas de decir que costó mucho dinero.

—Oh, sí… Hubo que traer un tipo de Detroit para que se encargara de los dos testigos… Eso costó quince mil.

Decosta pegó un salto en el reducido espacio.

—¡Qué! —rugió—. ¿Quince de los grandes por despachar a esos dos bocazas?

—Sí, Frank.

—¡Condenación! ¿Quién es esa joya que hizo el trabajo?

—Se llama Harold Landy, un tipo loco que trajo Albert. Por lo visto le conocía de otros tiempos.

—No cabe duda que debe ser un buen profesional… Siete mil quinientos pavos por cada tipo liquidado es una fortuna…

—Recuerda las circunstancias en que hubo de hacerlo. Los dos estaban custodiados por los polizontes del fiscal.

—Está bien, no me quejo. ¿Qué más?

—Cinco mil pavos para arreglos políticos. A partir de hoy, empezarán a frenar discretamente a la Prensa.

—Eso me parece bien… ¡Eh! ¿A dónde vamos?

—A tu residencia, naturalmente. Los demás te esperan allí.

—Maldito si… Olvídalo. Dile al chófer que me lleve a casa de Lee. Ella es más importante que esa reunión.

El abogado suspiró, pero su voz fue firme cuando insistió:

—Debes reunirte con los muchachos, Frank. Ella te esperará de todos modos, pero esa reunión es importante.

—¿Por qué? Si se trata de celebrar mi libertad, pienso dar una fiesta en grande, pero ahora…

—Naturalmente, quieren felicitarte, pero además hay que discutir un par de asuntos del sindicato.

—¿Qué asuntos? No hay nada que no pueda esperar.

—Sí lo hay, Frank. Por ejemplo, esa asamblea que sostuvieron los descargadores hace un par de noches.

—¿Una asamblea? —bufó el gángster—. ¿Quién diablos convocó esa asamblea?

—Ellos solos se pusieron de acuerdo. Y han redactado un informe, del que mandaron una copia a la dirección.

—¿De veras? ¡Qué amables! —dijo Decosta, con indignado sarcasmo. Luego añadió—: Veo que estoy rodeado de una pandilla de ineptos. Si yo hubiese estado aquí esa reunión no se hubiera celebrado… Y de haberlo hecho, me hubiera ocupado de desbaratarla desde el principio.

—Lo intentamos, pero estaban furiosos, Frank. Era una tontería provocarles más entonces.

—La tontería fue permitirles: reunirse… En fin, ya está hecho. ¿Dónde está ese tipo tan caro?

—¿Quién, el de Detroit?

—Sí.

—Supongo que se marchó, de regreso a su ciudad. Albert es quien hizo todos los arreglos con él.

—Está bien. Déjame pensar ahora, hasta que lleguemos.

Se recostó en el mullido respaldo y, cerrando los ojos, dejó que el tiempo transcurriera sumido en inquietantes pensamientos.

* * *

El teniente Dewey leyó una vez más la carta recibida del comisario y farfulló entre dientes su disgusto. Contemplándole, preocupados, sus dos ayudantes, los detectives de primera Flats y Kenny, cambiaron una mirada llena de aprensiones.

De pronto, Dewey estalló:

—¡Ese gordo baboso…!

—Considero que es una suerte que no le hayan aceptado su renuncia, señor —dijo Flats cachazudamente.

—¿Suerte? ¡Infiernos, suerte! —bufó el teniente—. De ahora en adelante no podré interrogar a un testigo sin acordarme de esos dos pobres tipos a los que llevé a la muerte.

Kenny terció:

—Usted hizo lo que debía. Todo lo sucedido es culpa del fiscal.

Alguien llamó a la puerta. Dewey gruñó su asentimiento y Marty Breet entró, cerrando a sus espaldas.

—¡Oh, no! Usted otra vez —refunfuñó el teniente.

Breet paseó la mirada por los tres hombres. Su rostro estaba contraído por la ira.

—Decosta acababa de llegar a su residencia de Long Island —dijo, ceñudo.

—Albricias.

—Ha descendido del coche, sonriente, saludando a los periodistas como una estrella de la pantalla en noche de estreno.

Flats gruñó:

—Para él era un estreno… estrenaba una nueva vida.

Breet se dejó caer en la silla de rígido respaldo frente a la mesa.

—No quisiera ser policía en estos momentos —espetó—. Me sentiría sucio y despreciable como el mismo diablo.

—¿Quiere que le sacuda en los dientes, tipo listo? —bufó Kenny—. ¿Ha venido solo a decirnos esto?

—Necesitaba decírselo a alguien. Además, quería que usted supiera que acabo de tener una entrevista con el fiscal.

—Ajá.

—Ha jurado demandarme judicialmente. A mí y al periódico.

—Eso me parece bien, Breet. Ha habido veces en que yo mismo he deseado hacerlo.

—Sí, bueno… Le he dicho que sería mejor que empleara sus trucos legales para llevar a Decosta a la silla eléctrica. Eso no le gustó.

—Ya lo imagino. ¿Qué piensa usted hacer ahora?

—Seguir la campaña emprendida por el pobre Bill Anderson. Haré pedazos a Decosta y al fiscal a partes iguales.

Flats soltó una risita.

—Los tipos como usted son los que antes llegan a la Morgue, amigo. Presiento que va a darnos trabajo.

—Tal vez —repuso Breet, lúgubre—; pero cuando yo ingrese en el depósito de cadáveres, Decosta me habrá precedido. ¿Qué tal si ahora me dan alguna noticia sobre el detective aporreado?

—¿El de la fiscalía?

—La lumbrera que montaba guardia al pie de la escalera de incendios del hotel…

—Saldrá de ésta. Sólo le sacudieron duro con una porra. No quisieron matarlo en ningún momento.

—¿Por qué el fiscal le mantiene incomunicado? Nadie ha podido verlo hasta ahora.

Dewey se encogió de hombros.

—No lo sé. El fiscal anda loco estos días. Quizá piensa que el tipo podrá describir a su agresor cuando recobre el conocimiento.

—Si piensa eso es que el fiscal es mucho más ingenuo de lo que pensé…

Kenny cambió de tema al preguntar:

—Así que Decosta está ahora en su residencia, ¿eh?

—Sí.

—¿Por qué no le hacemos una visita Flats y yo, teniente? Sólo

para recordarle que nosotros no olvidamos tan fácilmente.

—No.

—Escuche…

—¡No quiero que se metan ustedes en un lío! Legalmente, está libre con todos los pronunciamientos favorables.

—Alguien debería ajustarle las cuentas —dijo Breet.

—¿Quién, tipo listo?

El periodista se levantó.

—Tal vez lo haga yo mismo —murmuró—. Tengo algunas ideas al respecto.

—Avíseme con tiempo cuando decida hacerlo —le sugirió Dewey, ceñudo—, para largarme de vacaciones.

—Le aconsejo Miami, Dewey. En este tiempo debe ser un paraíso.

Y se largó.

Flats gruñó:

—Ese tipo me pone nervioso. Le miro a los ojos y me parece que está preguntándose dónde hundirme un cuchillo. ¿Qué infiernos le pasa?

—Está furioso. Bill Anderson era su discípulo o algo así.

—De todos modos no me gusta.

—A mucha gente le sucede igual —refunfuñó el teniente—. Ha despedazado más rufianes desde las páginas de su periódico que nosotros con todas nuestras atribuciones. El fue quien hizo saltar la tapadera del asunto Forrestal… y dos senadores hubieron de dimitir, un gobernador saltó y decenas de marrulleros de menor cuantía todavía están corriendo como ratas de un lado a otro del país huyendo de los federales. Es un fulano vengativo y peligroso… pero uno de los mejores plumíferos con que contamos.

—Esperemos que se ocupe de Frank Decosta con el mismo entusiasmo —dijo Kenny fervorosamente.

Sólo que eso no era tan fácil, ni siquiera para un tipo como Marty Breet…

CAPÍTULO VII

El gran «Cadillac» maniobró para arrimarse a la acera. La calle estaba desierta, bajo la luz de los faroles. El chófer se apeó y corrió para abrir la portezuela.

Decosta se apeó. Desde el asiento, Leycester Hyde dijo:

—Insisto en que durante unos días debes permanecer fuera de la circulación, Frank. Sólo para que la gente olvide.

—¡Al demonio la gente!

—Sí, bueno… Pero no se puede tirar demasiado de la cuerda sin que se rompa.

Decosta estaba alegre ante la perspectiva de reunirse con Lee.

Volvió a meter la cabeza en el interior del auto y dijo:

—Márchate a dormir, picapleitos, y piensa en otra cosa. Por ejemplo, en mi hermosa chica, ¿eh?

Hyde meneó la cabeza con disgusto. Decosta cerró la portezuela y entró en el soberbio edificio de apartamentos.

Subió por el ascensor hasta el piso de la muchacha. Silbando entre dientes, atravesó el rellano, buscó una llave en su bolsillo y abrió la puerta.

El interior estaba oscuro. Decosta dejó de silbar, pensando que la muchacha debía estar ya acostada. De pronto, descubrió que sentía intensos deseos de verla dormida, con su cabellera de oro esparcida por encima de la almohada, y avanzó a oscuras precavidamente.

Con infinito cuidado abrió la puerta del dormitorio y tanteó la pared en busca de la llave de la luz. Cuando la encontró, una luz difusa, suave y tamizada, brilló procedente del techo.

El gángster parpadeó.

Y de pronto se quedó rígido, mirando aterrado el cañón de la pistola que le amenazaba.

Antes que pudiera pronunciar una sola palabra, la pistola llameó una vez tras otra. Decosta sintió el terrible impacto de los proyectiles en el estómago y cayó de rodillas, aferrándose con las manos en la barriga. Una bala le atravesó las dos manos y entonces aulló lastimeramente, mirando a la muerte con ojos turbios.

La pistola dejó de ladrar, pero continuó fija en él, elevándose casi imperceptiblemente.

—¡No…! —gimió el criminal, los ojos desorbitados fijos en el redondo y negro agujero que se había detenido apuntando a su cara.

No pensó que él hizo algo muy parecido con el reportero, allá en el muelle. También Bill Anderson vio la boca de una pistola cerca de la frente.

Y la pistola llameó otra vez, y la bala, entrándole entre los ojos, esparció su cerebro por todo el cuarto.

«Quien a hierro mata…».

* * *

Era tardísimo cuando Marty Breet regresó a su apartamento.

Sentíase cansado y amargado a partes iguales.

Se detuvo ante la puerta, buscando la llave en los bolsillos. Entonces advirtió la fina línea de luz que se escapaba a ras del suelo.

Instantáneamente, el cansancio desapareció de sus miembros. Sus dedos se cerraron en torno a la culata del revólver. Con infinito cuidado, introdujo la llave en la cerradura y le dio vuelta. Apenas si se escuchó un débil chasquido.

Empujó la puerta muy despacio, apartándose a un lado.

Cuando estuvo abierta dio un vistazo al interior. No pudo descubrir a nadie, por lo que supuso que el intruso estaría agazapado en el dormitorio, aunque el hecho de que hubiese dejado la luz encendida, delatándose, le desconcertaba porque no era una conducta propia de un pistolero consecuente.

Con su revólver por delante, el dedo tenso en el gatillo, saltó al interior pisando como un gato.

No sucedió nada. Rápidamente fue hasta la puerta del dormitorio y la abrió.

Lo que vio le dejó helado, con el revólver colgado en su mano sin fuerza, perplejo y desconcertado.

Porque, tendida sobre su propia cama, estaba Lee Doran. Vestía un ajustado traje chaqueta gris perla que la moldeaba igual que una funda sobre la piel, y en su abandonada postura, sus ropas en desorden revelaban la perfección de sus largas piernas en toda su extensión.

Breet se aproximó cautelosamente. La muchacha respiraba agitadamente, como si estuviera sufriendo de pesadilla.

El periodista guardó el revólver, volvió atrás y cerró la puerta del apartamento.

Cuando regresó al dormitorio ella tenía los ojos abiertos.

—Hola —musitó.

—Hola. Tal vez se confundió, pero ésta es mi cama.

—Ya lo sé.

—Entonces, levántese y lárguese de aquí con mil diablos, preciosa. Acostumbro a dormir sólo aquí.

—No sea tan rudo conmigo… Necesito su ayuda, Breet. Por eso estoy aquí.

—Tiene toda la ayuda que precise en su propio par lacio, nena. A propósito, ahora que se me ocurre… su amor estará esperándola con toda seguridad.

—Precisamente.

—¿Cómo?

—He vuelto una página de mi vida, ¿es tan difícil de comprender eso? Pero necesito cierta ayuda para ello.

—No cuente conmigo.

Ella se incorporó hasta quedar apoyada sobre un codo. Su larga melena rubia cayó a un lado chispeando bajo la luz.

—Todo el mundo dice que yo soy una cosa excepcional —runruneó Lee—. Sólo que ahora empiezo a dudarlo. ¿No quiere entender que necesito de usted?

El sacudió la cabeza.

—Hay docenas de tipos que harán saltos mortales sólo con que usted les silbe. Pero yo no hago esta clase de gimnasia. ¿Quiere largarse o tendré que echarla personalmente?

La mirada de la muchacha se apagó de pronto.

—Por favor —musitó—; créame…

—¿Qué infiernos he de creer?

—Que necesito su ayuda… Intenté localizarle por teléfono muchas veces, pero nunca lo conseguí. Y esta noche, cuando supe que él salía libre…

Sentándose sobre el lecho dejó colgar las piernas por el costado. Furioso, Marty dio unos pasos de un lado a otro.

—¿Le tiene miedo? —indagó al fin.

—Sí.

—Pero usted era su chica.

—No; nunca lo fui.

—No me salga con eso ahora.

—El pretendía casarse conmigo.

Breet se detuvo, atónito.

—¿Casarse? —exclamó—. ¿Está burlándose de mí?

—¿Por qué no me cree? Ésa era la idea de Frank… y supongo que sigue siéndola.

—Está bien, vaya y dígaselo a él.

—No puedo… ¡Oh, maldito sea usted! ¿Quiere sentarse de una vez y dejar de dar vueltas de un lado a otro? Me crispa los nervios.

Marty bufó, pero fue a sentarse junto a ella.

—Eso no tiene sentido —dijo—. Aunque sea cierto que él quería casarse con usted, eso no justifica que venga aquí a complicarme la vida.

—Frank quería casarse conmigo… antes de todo esto que ha sucedido. Ahora… temo que haya cambiado de idea.

—¿Por qué?

—Pienso que quizá prefiera verme muerta que casada con él.

Breet suspiró, impaciente.

—Es usted una continua fuente de sorpresas. ¿Qué nueva historia es ésta?

Ella titubeó. Al mirarla, el periodista captó el temor en el fondo de los profundos ojos. Y la expresión anhelante de aquel rostro divino le impresionó a su pesar.

—Cuénteme —dijo, resignado.

—Cuando le detuvieron me sentí liberada —musitó la muchacha con voz sorda—. Pensé que todo había terminado y que podría decidir al fin libremente mi vida. Había dos testigos y Frank estaba acabado…

—Hay otros además de él.

—Lo supe después. Albert…, Bochio quiero decir, pensó que podía quedarse conmigo… una herencia anticipada. Por eso vino, y usted le rompió la nariz.

—¿Qué pasó después?

—Llamé a un médico. Albert se puso como loco. Le entablillaron la nariz y el, médico se lo llevó.

—Siga.

—Después murieron los testigos. Supe que Frank volvería a la calle más despiadado que nunca. Por eso abandoné el apartamento y traté de ponerme en contacto con usted sin conseguirlo. Entonces me alojé en un hotel con nombre supuesto.

—¿Por qué yo?

—Bueno… usted era el único hombre que he conocido que no les tenía miedo. Golpeó brutalmente a Bochio a pesar de que éste iba armado. Además, pensé que a usted no podrían sobornarlo…

—¿Qué es exactamente lo que esperaba usted de mí?

—Bien… quería que me aconsejara… y pensaba que podría protegerme mejor que la policía.

—¿Cree realmente que necesita protección?

Ella asintió con un gesto. Sus ojos estaban fijos en él llenos de súplicas.

—Yo… yo podría constituir un gran peligro para Frank, ahora que han muerto esos dos pobres hombres.

—¿Usted?

—Sí, Marty.

—¿De qué modo?

Ella no respondió. La palidez de sus mejillas resaltaba el rojo de su boca y la luz de sus ojos temerosos.

—Vamos, dígalo —insistió él—. Ya que ha empezado, termine.

—Temo… que después aún me desprecie más.

—Yo no la desprecio, nena.

—Sí… cree que soy poco menos que una buscona.

—Tonterías. Para mí es una mujer como las demás.

—¿De veras piensa eso?

—¿Por qué no? Desconozco las circunstancias que la llevaron a verse mezclada con esa gentuza, y no me importa saberlo tampoco. Ahora afirma que quiere cambiar, apartarse de ellos y vivir su vida

de otro modo. ¿Quién soy yo para dudarlo?

Su mirada centelleó.

—Me gusta oírle decir eso, Marty… de veras.

—Está bien, ahora termine su relato. Veamos por qué es usted un peligro para Decosta.

—Yo… yo puedo demostrar que fue él quien atrajo a Bill Anderson al puerto, aquella noche.

Breet se puso rígido.

—Adelante —masculló—. Tal vez salga algo, bueno de todo esto.

—Escuche, Marty…

—¿Qué diablos cree que estoy haciendo? ¡Vamos, suéltelo! ¿Qué es lo que sabe?

Tras un silencio, ella reveló con voz apenas audible:

—Yo fui quien citó a Anderson.

El se levantó de un brinco.

—¡Usted, condenación!

Ella asintió.

—Frank me obligó… aunque asegurándome que sólo quería asustar al periodista, hacerle una advertencia para que le dejara en paz a él y al sindicato.

—Ya veo…

—¿Se da cuenta? Soy el único testigo que queda capaz de…

El estaba moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Legalmente no sirve —dijo.

—¿Cómo?

—Su declaración ni siquiera sería tenida en cuenta por un juez, si no obtenía una corroboración indiscutible. Aunque, desde el punto de vista de ese bastardo, no cabe duda que usted es un riesgo en potencia.

Ella suspiró al darse cuenta de que él la comprendía al fin.

—¿Me ayudará? —musitó.

—No sé qué puedo hacer yo, pero…

El timbre del teléfono le interrumpió.

Descolgó el auricular y escuchó la voz del teniente Dewey.

—De modo que está usted ahí —dijo el policía.

—Naturalmente. ¿Dónde cree usted que debería estar?

—Tal vez en el apartamento de esa dama… Lee Doran.

Breet dio un respingo.

—¿Por qué allí precisamente? —indagó con precaución.

—Porque es allí donde justamente le han volado los sesos a Frank Decosta, ni más ni menos.

—¡No puedo creerlo!

—Estoy llamándole desde el lugar de los hechos. Recordé que usted había dicho algo referente a que le ajustaría las cuentas a ese hijo de perra y quise comprobar su coartada.

—Está perdiendo el tiempo, teniente.

—Voy a decirle algo, plumífero… Decosta ha sido muerto por una pistola de reducido calibre, probablemente una 32… Si tiene usted un arma de ese calibre; mejor será que la arroje al río. ¿Comprende?

—Olvídelo. ¿Ha convocado a la Prensa?

—Todavía no.

—Entonces, gracias por llamarme.

—Creo que le debía este favor… Si escribe sobre esto, diga que la policía tiene una pista y que pronto hará una detención. Es todo, Breet.

—¿Es eso cierto?

—No, pero siempre queda bien. Ni creo que obtengamos pista alguna… A veces suceden estas cosas.

—Comprendo.

Colgó y giró lentamente.

Lee se había levantado y estaba alisándose el cabello frente a un espejo.

—Ya que has invadido mi humilde morada —dijo, afectando un desparpajo que estaba lejos de sentir—, supongo que descubriste la cocina.

—Puedes asegurarlo —replicó Lee, tuteándole instintivamente.

—Entonces, sería una buena idea que preparases unas bebidas. Hay hielo en la nevera y las botellas están…

—No sigas, lo sé.

Ella corrió hacia la cocina. Marty tomó el bolso de la muchacha que estaba sobre una butaca y lo abrió.

Dentro había una pistola niquelada de pequeño calibre. Suspiró al comprobar que se trataba de una 32. Volvió a cerrar el bolso y cuando ella regresó le encontró sentado en la salita tranquilo y

sonriente.

Ambos bebieron en silencio, extrañamente unidos por algo invisible y que, en cada uno, tenía orígenes diferentes.

CAPÍTULO VIII

—Frank Decosta ha muerto, amor.

La revelación cayó lentamente en la conciencia de la muchacha.

Luego, la comprensión estalló en su mente y casi se cayó de espaldas.

—¿Qué has dicho? —musitó.

—Alguien le ha disparado y volado los sesos. Acaban de decírmelo por teléfono.

—¡Dios santo! ¿Dónde ha sucedido eso?

—En tu apartamento.

—¿Qué?

—Ya lo oíste. La policía está allí ahora.

Aturdida, la muchacha se echó atrás en el diván. Apuró el licor hasta la última gota y luego susurró:

—¿Saben cuándo ha sucedido eso?

—No lo pregunté.

—Marty…

—Dime una cosa, muchacha.

—¿Qué cosa?

—¿Fuiste tú?

—¿Quieres decir si le maté yo?

—Ciertamente, eso quiero decir.

—No, Marty… no lo hice.

—Llevas una pistola del 32 en el bolso. La policía cree que le mataron con un arma de ese calibre.

—No me importa lo que la policía crea. Yo no le maté… ¡Debes creerme!

El sacudió la cabeza.

—Escúchame, Lee; si lo mataste tú te protegeré. Haré cuanto

esté en mi mano para sacarte de esto sin un rasguño, pero he de saber a qué atenerme. El que haya liquidado a ése alacrán sólo ha hecho lo que yo no me atreví a llevar a cabo.

—¡Pero es que no fui yo, Marty! Hace casi tres días que no he pisado mi apartamento.

El la miró lleno de dudas.

—No importa —murmuró entre dientes—. Sea quien fuere, ha rectificado lo que la justicia estropeó.

—¿De veras piensas así?

—Seguro.

—Voy a preparar algo de beber.

Se fue y Breet descolgó el teléfono, comunicando con su periódico. El jefe de redacción gruñó a través del auricular:

—¿Qué te duele ahora?

—Reserva la primera página, amigo. Titulares de setenta y dos puntos y todo eso.

—¿Para qué?

—Toma nota… «A Frank Decosta le han volado la cabeza». ¿Qué tal suena?

—¡Fatal! ¿Es cierto eso?

—Sí. Le volaron los sesos.

—¿Quién?

—Corres demasiado. La policía tiene una pista y pronto efectuará un arresto.

—Comprendo. No saben por dónde navegan, ¿eh?

—Ni más ni menos.

—¿Vas a venir a redactar eso, o encargo a alguien que lo haga?

El reportero suspiró.

—Iré por allí más tarde. Redáctalo tú si quieres. Llama a Dewey y pídele detalles. Te los dará porque él cree que fui yo quien despachó a ese bastardo.

—¿Qué?

—No grites. Dewey tiene sus razones para pensar así. Llámalo. Yo iré a verle entretanto y prepararé algo más extenso para la otra edición.

—Está bien, espero que sepas lo que estás haciendo.

—Yo también lo espero.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

—¿El qué?

—Que la policía piensa que le mataste tú…

—Sí.

—Marty…

—Olvídalo; no lo hice. Me faltó valor en el último minuto. Pensé coserlo a tiros cuando saliera de su residencia. Pero desistí.

—Comprendo…

Él bebió todo el contenido del vaso. Luego dijo:

—Debo irme. Quédate aquí y no respondas al teléfono ni a la puerta. ¿Entendido?

Ella asintió.

Marty se encaminó a la salida resueltamente. Ella le siguió, deteniéndole antes que pudiera abrir la puerta.

—Marty…

Se colocó junto a él, muy cerca.

—Tengo que irme.

—Trata de olvidarlo, querido.

—¿Olvidar qué?

—Que Decosta y yo…

—Entiendo.

Ella subió los brazos y los enroscó en torno a su cuello. Breet sintió en los suyos los labios de la muchacha. Un beso voraz, produciéndole una sensación de quemadura, dominándole.

Le rodeó la cintura con sus manazas, casi abarcándola por completo. Se entregó al frenesí del beso hasta que le faltó el aliento.

—Hablaremos a mi regreso —dijo con voz ronca.

—Cuando regreses no quiero perder el tiempo hablando…

—Debemos aclarar muchas cosas.

—No hay ninguna que no pueda esperar, amor.

—Veremos. Necesito saber a qué atenerme contigo, ¿entiendes? Confiar en ti hasta el fin.

Ella palideció, pero Marty ya no lo advirtió porque había abandonado el apartamento.

* * *

Cuando llegó al apartamento de la muchacha ya se habían llevado el cadáver, pero el teniente Dewey estaba aún allí.

Breet sorteó a los fotógrafos de la policía que plegaban sus trípodes y aparatos y se reunió con Dewey junto a la ventana. Desde allí dio un vistazo a la silueta trazada con tiza blanca en el suelo, en el umbral de la puerta del dormitorio.

—Parece que no le sirvió de mucho que sus esbirros mataran a los dos testigos —comentó el periodista.

El rostro ceñudo del policía se contrajo en una mueca.

—Lo malo de este asunto, Breet, es que ahora debo capturar al que lo hizo.

—No quisiera estar en su lugar, teniente.

—Yo tampoco —refunfuñó el policía—. He de capturar al que hizo lo que debimos haber hecho cualquiera de nosotros… ¡Infiernos! ¿Qué es lo que nos pasa, Breet?

—Es sencillo; estamos en desventaja frente a esas hienas, eso es todo. Nosotros tenemos conciencia y ellos no, es así de sencillo.

El teniente se encogió de hombros.

—Le cedo la exclusiva, Breet. Publíquelo como quiera y diga todo lo que se le antoje. Pero me gustaría que se abstuviera de decir una sola palabra referente a la chica.

—¿Qué chica?

—No me venga con esas ahora. Lee Doran, la chica de Frank Decosta. Ha desaparecido.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que ella lo liquidó, ni más ni menos. Pero me gustaría que pudiera largarse del país antes que pudiésemos detenerla.

Breet sintió un escalofrío.

—¿Qué le hace creer que fue ella? El hecho de que el fiambre estuviera aquí no prueba nada.

—Bueno, la chica tenía una pistola calibre 32 registrada a su nombre. Por otra parte, salió de aquí a escape poco más o menos a la hora en que Decosta se iba al infierno.

—Apenas puedo creerlo. ¿Cómo está tan seguro?

—Porque el conserje de noche la vio salir. Ventajas de vivir en un apartamento de lujo, amigo. Hay empleados de guardia las veinticuatro horas del día.

—¿Ese tipo afirma que Lee Doran salió de aquí esta noche?

—Jura que la vio salir precipitadamente.

—Entonces también sabrá a qué hora entró Decosta.

—No le vio. Estuvo algún tiempo en su vivienda del sótano

preparándose café. Decosta debió llegar entonces.

Breet pensó sobre eso, inquieto y preocupado.

Después dijo:

—Si eso es cierto, esa chica puede contar con la ayuda de mi periódico hasta el final del caso.

—Eso le ayudará si es detenida. Pero el fiscal no será de la misma opinión. El necesita éxitos, condenas, ¿entiende? Es su carrera lo que está en juego, y ese tipo tiene el ojo puesto en la Alcaldía.

—Veremos. Ahora ya tengo material para el artículo de la segunda edición. Volveremos a vemos, teniente.

—Éste… voy a estar muy ocupado los próximos días.

—¿En qué, hombre?

—En tratar de «no» detener a una criminal. Buena suerte, Breet.

El periodista se fue mucho más inquieto que a su llegada.

Poco después, cabizbajo, Dewey abandonó también el apartamento, dejando a un guardia en el rellano para impedir que nadie entrara a revolver allí dentro.

Pocas veces en su vida se había sentido tan infeliz.

CAPÍTULO IX

El periódico salió en su segunda edición con un artículo viperino, aireando la vida y crímenes de Frank Decosta desde la primera vez que fuera detenido, cuando apenas contaba quince años, por asalto a una gasolinera.

Marty Breet había cargado las tintas en la sordidez de los detalles sobre el asesino. Todos sus crímenes, a pesar de no haber podido ser condenado por ellos, se detallaban en ese artículo explosivo.

También se pasaban cuentas de sus chanchullos en los muelles. Breet había decidido llegar hasta el límite e insertaba los nombres de media docena de hombres que constaban en las nóminas como cargadores, cuando su misión era muy otra. Esos hombres eran los pistoleros del sindicato.

La ciudad se estremeció al leer aquello. Los ojos de la gente buscaban la firma de aquel editorial, y al leer el nombre de Marty Breet, muchos no daban un centavo por su vida.

Albert Bochio lo leyó también, y con él Leycester Hyde y Tony Franconi, los tres directivos supervivientes del marrullero sindicato.

Hyde gruñó:

—Eso soliviantará todavía más a ese rebaño de estúpidos…

Franconi era un hombre redondo por cualquier lado que se le mirase. Su gordura era enfermiza y repugnante, desbordando grasa por todos sus poros. Tenía un rostro abotargado, rojo y grasiento, de ojos porcinos rebosantes de crueldad.

—Opino que deberíamos ajustarle las cuentas —dije con su voz ridículamente atiplada.

Bochio rió entre dientes.

—Me ocuparé de él con mucho gusto —aseguró—. Tengo una

pequeña cuenta pendiente con él.

El abogado se removió, inquieto.

—Cuidado, Albert; está todo demasiado revuelto para cometer ningún error. Liquidar a otro periodista desencadenaría una tempestad que asustaría incluso a nuestros valedores políticos.

—¡Al infierno con ellos! Ya no los necesitamos para nada.

Hyde sacudió la cabeza.

—Por lo visto, no te das cuenta de la situación —refunfuñó de mal humor—. Tenemos toda la Prensa contra nosotros. Los polizontes buscan el menor pretexto para enchiqueramos o causarnos dificultades. Sólo faltaba la muerte de Frank para que se reanimara el concierto, cuando ya empezaba a declinar.

Franconi suspiró ruidosamente.

—Hemos de demostrar que seguimos siendo los amos del sindicato, y eso sólo se puede hacer de una manera.

—Estoy contigo —dijo Bochio.

Hyde gruñó:

—Me opongo a más violencias por el momento.

—Sólo ese plumífero y se acabó —decidió Bochio, resuelto y furioso—. Después, podrás dedicar todos tus trucos a arreglar el asunto.

—Llegará un momento que no tendrá arreglo posible.

—Bah, siempre hemos salido de cualquier atolladero si no de un modo de otro.

Tony Franconi restregó un sucio pañuelo por su cara.

—Habría que buscar también a esa chica, Lee. Tan pronto la policía le eche el guante estaremos tranquilos. ¿Qué dices tú, Albert?

—Tengo a dos muchachos rastreando la ciudad en su busca. Tan pronto la localicen haremos los arreglos necesarios para que caiga en manos de la policía.

Al hablar, Bochio no podía ocultar un vivo acento de satisfacción, tan marcado que atrajo la atención de Hyde.

—Creo que demuestras mucho entusiasmo por esa pájara, Albert. ¿Me equivoco?

—Confieso que me gustaba mucho.

Franconi rió.

—Y a mí —afirmó—. Sólo que mientras vivió Frank había que

andar con mucho tiento. Pero si le echamos el guante, antes de entregarla a la policía, me divertiré un poco con ella.

Bochio gruñó:

—Tú no harás nada de eso.

—Ya veo… La quieres para ti solo, ¿eh?

—Será bueno que ninguno olvide eso —puntualizó Bochio levantándose—. Lee es la parte de la herencia de Frank que me corresponde.

—¡Hemos acordado que debe ser entregada a los polizontes para que nos dejen en paz durante un tiempo!

—Está bien, está bien, la entregaré, pero sólo cuando ella y yo hayamos vivido un pequeño romance. En cuanto al reportero, creo que un accidente sería lo ideal… un accidente que no ofreciera sospechas, ¿eh?

—Arréglalo tú, eres especialista en esta clase de trabajos.

Se dirigió a la puerta silbando entre dientes. Su mano se apoyaba ya sobre el tirador cuando se volvió y paseó lentamente su mirada venenosa en sus dos silenciosos socios.

—Olvidaba haceros una pequeña advertencia, compañeros… Si alguno de ustedes dos piensa jugar sucio conmigo, mejor será que lo olvide. Landy todavía está en la ciudad y él hará todo cuando yo le pida.

El abogado se levantó de un brinco.

—¿Quieres decir que ese loco todavía está aquí? —rugió.

—Naturalmente. Pensé que quizá volviese a necesitarlo y no me equivoqué.

—Tú debes estar loco.

—Estará loco quien cree que puede dejarme en la estacada.

Y salió, cerrando de un portazo.

Franconi refunfuñó:

—No me gusta nada todo esto, Hyde. Ese idiota es capaz de haber dicho la verdad.

—¡Maldita sea, claro que dijo la verdad!

—¿Tú crees que el tipo de Detroit esté todavía en la ciudad?

—Desgraciadamente, lo creo, aunque sólo sea porque ese maldito fanfarrón lo ha dicho.

El gordo se removió, inquieto en el amplio sillón.

—Bueno, ¿y qué podemos hacer nosotros?

—He de pensarlo todavía. Lo primero, obligar a esos dos matarifes a entrar en razón, y ordenarle al tipo de Detroit que regrese a su lugar de partida.

—¿Y luego?

La mirada de Hyde chispeó.

—Luego, Tony, tal vez sea conveniente pensar en dirigir el sindicato tú y yo solamente. Nos compenetramos bien y sabemos a qué atenernos el uno al otro.

—Nada me gustaría tanto, de verdad, Hyde.

—Muy bien, entonces; comienza a pensar en ello.

También Albert. Bochio pensaba en algo semejante, pero dedicado única y exclusivamente a sí mismo.

Ocupar el puesto de Frank Decosta.

Sin trabas ni estorbos a su lado, sólo los hombres de acción necesarios para mantener en cintura a los levantiscos descargadores.

Y pudiendo contar con el tipo de Detroit la cosa todavía se presentaba mejor.

Se internó por Mulberry Street, y acabó entrando en un portal estrecho y sórdido.

Llamó a una puerta, colocándose frente a la mirilla para que el ocupante del piso pudiera verle sin duda alguna.

Alguien le examinó desde el otro lado. Luego, la puerta se abrió y el hombre que apareció esbozó una mueca.

—Pensé que empezabas a olvidarte de mí, Albert —dijo.

Su voz era ronca y baja, carente de matices.

Bochio entró.

—Cierra la puerta, Harold.

El pistolero obedeció y luego los dos se internaron por el destartalado apartamento.

—Los otros están muy nerviosos por tu presencia en la ciudad.

Harold Landy soltó una ronca carcajada.

—Esos tipejos se inquietan por nada —dijo.

—Tengo otro trabajo para ti… y luego es posible que haya dos más.

—¿Cuánto, Albert?

—Cinco mil.

—¿Y…?

—Un periodista llamada Breet…

—He leído los artículos de ese tipo. Es todo un genio escribiendo.

—Es algo más que eso —barbotó Bochio.

—No me interesa, Albert.

—¿Por qué no?

—Es otro ensuciacuartillas, y la Prensa ya anda loca estos días a causa del plumífero que liquidó Frank. Si ahora matamos a otro se va desencadenar una guerra.

—Con que parezca un accidente será suficiente.

El asesino reflexionó durante unos instantes.

—Ocho mil —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Me arriesgo demasiado, Albert. Ocho de los grandes y lo haré hasta con adornos.

—¡Ocho mil pavos! Debes haberte vuelto loco, Harold. El éxito se te subió a la cabeza.

—Desde luego que sí, por eso sé lo que puedo pedir por un trabajo o por otro.

—¡Eres un maldito hijo de perra! —estalló Bochio.

—Ya me lo dijeron otras veces… ¿Qué decides?

Albert Bochio estuvo unos instantes sobrecogido por aquella cifra. Luego decidió:

—Adelante, te pagaré con los fondos del sindicato.

—No me importa de dónde venga el dinero, mientras sea de curso legal.

Rió entre dientes. Bochio aseguró:

—Vendré tan pronto haya reunido la pasta. Y entre tanto, recuerda que no debes salir a la calle, no debes dejarte ver en absoluto. ¿Comprendido?

—Sí, hombre, sí, tengo una memoria excelente todavía.

El asesino de Detroit volvió a tumbarse en la cama con un cigarrillo encendido entre los labios. La atmósfera era tan quieta que el humo se elevaba en perezosas espirales.

Realizó unos breves cálculos mentales… sus finanzas estaban en alza. Un poco más y podría montar cualquier negocio por su cuenta… y retirarse de la vida peligrosa que llevaba.

«Una especie de jubilación anticipada», pensó, riéndose.

CAPÍTULO X

Tres días después, el News Récord continuaba instigando violentamente los chanchullos del sindicato que fuera de Frank Decosta, y que ahora era dirigido por un triunvirato.

Igualmente, seguía publicándose la sucia y sangrienta biografía de Decosta, ante la desesperación de los tres dirigentes sindicales y del fiscal del distrito, que particularmente hubiera querido ver a aquel reportero colgado de cualquiera de los árboles del parque.

La fiscalía salía muy mal parada si uno se detenía a pensar en ello. La muerte de los dos testigos, la subsiguiente libertad del cabecilla del hampa, el escándalo… todo le caía encima al fiscal, cuyo humor estaba justo en el límite de congelación.

Al único de los implicados en el caso que le encantaban aquellas despiadadas filípicas, era al teniente Dewey. Leía una y otra vez el periódico, contemplaba las fotografías, y cuando terminaba se decía que aquello estaba muy bien, pero que Breet estaba pasándose de la raya.

Incluso pensó en colgarle una discreta escolta sin que él lo supiera, pero la escasez de personal que padecía por aquellos días le hizo desistir de esa idea.

El, con su experiencia, adivinaba que los rufianes puestos en la picota por aquellos reportajes, no iban a permanecer mucho tiempo con los brazos cruzados.

El teléfono sonó de pronto, arrancándole de sus reflexiones.

La voz seca, autoritaria, del comisario general le llegó a través del auricular.

El comisario preguntó abruptamente:

—¿Tiene algún informe para mí, teniente?

—Todavía no, señor.

—Me pregunto qué están haciendo ustedes en relación con este caso… ¿Sabe usted los días que han transcurrido?

—Tengo un calendario sobre la mesa, señor.

—¡No se insolente conmigo, teniente! —rugió su jefe.

—Lo siento. Si cree que no cumplo con mi deber, todavía tengo la carta en la que presentaba mi renuncia.

—¡Eso sería demasiado cómodo para usted! Resuelva este caso y luego hablaremos.

—Sí, señor.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Justo en aquel momento, Flats y Kenny entraros en el despacho. Tampoco ellos parecían felices.

Flats refunfuñó:

—Tengo los pies en carne viva, teniente…

—Si esto es una excusa para sentarse, hágalo.

—¡Excusa! —se quejó.

Kenny dijo:

—Nada tampoco, teniente. Esa mujer debe haberse volatilizado.

—O quizá le han ajustado las cuentas, arrojándola al río con un buen peso en los pies.

—No creo que ellos hayan hecho nada semejante. Debe estar oculta en algún sitio.

—¡Cielos! Creo que hemos registrado la ciudad de norte a sur y de este a oeste… —bufó Kenny.

—El comisario acaba de llamar. Quiere resultados.

—Nosotros también, aunque en este caso con menos entusiasmo que de costumbre.

Flats gruñó:

—Se me ocurre que podríamos publicar la fotografía de esa dama, pidiendo que quien la viera nos avisase. Eso quizá diera resultado.

—¿Tiene usted una fotografía de ella, Flats?

—Bueno, no, pero debe existir alguna en algún sitio.

—Primero búsquela y luego hable.

—Ya veo… No está usted de humor precisamente.

—¿Y ustedes sí?

—¡Inflemos! Kenny pensaba que esta tarde habría podido salir con una pelirroja sensacional y ya ve…

—Sigan trabajando, muchachos —dijo el teniente, levantándose y descolgando el sombrero de la percha—. Tal vez hoy haya más suerte.

Pero tampoco la hubo.

Había cerrado la noche cuando el teniente paró el coche frente a la redacción del News Récord.

Marty Breet seguía en su despacho corrigiendo más largas galeradas cuando el policía entró allí. El periodista apenas levantó la cabeza.

—Siéntese, Dewey. Termino en un minuto.

—No tengo prisa alguna. Me dirigía a casa y de repente sentí deseos de hablar con alguien.

Breet asintió, sin hablar. Después, cuando terminó, apartó los papeles a un lado y miró a Dewey plácidamente.

—¿Qué es lo que le ocurre, está nervioso?

—Estoy algo más que nervioso. ¿Otro de sus articulitos? —preguntó, señalando las galeradas.

—Sí. ¿Los lee usted?

—Todos.

—Espero que le gusten.

—Particularmente, sí; es más, me entusiasman. Pero apuesto que en ciertas esferas levantan ampollas.

—Para eso están escritos.

—Claro, claro… Oiga… este… ¿no ha tenido contratiempos a causa de esa serie?

—Hasta ahora no.

—No es lógico. Está usted hundiendo ese sindicato y no reaccionan…

—Todavía no está hundido.

—Hay asambleas de socios todos los días. Esta misma noche han convocado una reunión contra las órdenes del sindicato. Están cada día más resueltos a sacudirse la tutela de los herederos de Frank Decosta. Algo tiene que ocurrir dentro de las siguientes horas.

—Por eso está usted tan inquieto, ¿eh?

—Por eso y otras razones… y no es la menor de ellas esa chica.

—¿Qué chica?

—No me salga con ésas, Breet. Sabe muy bien que me refiero a Lee Doran.

—Oh, ya veo.

—Soy un tipo observador, usted sabe… Debo serlo para ser policía…

—¿Y qué?

—Usted no ha mencionado a esa dama en ninguno de sus artículos.

—¿Por qué tendría que haberla nombrado? Lo que estoy aireando es la vida de un sucio hijo de perra.

—Bueno, teniendo en cuenta que ella fue quien lo liquidó, me sorprende su actitud, Breet. ¿Qué hay detrás de todo esto?

—Hasta el momento, nadie ha probado que ella lo matase, y mientras eso no sea demostrado no veo ninguna necesidad de hacerla saltar a las páginas del periódico.

El policía le observó fijamente.

De pronto sonrió.

—Es usted un maldito zorro, Breet —dijo suavemente.

—¿De qué habla?

—Una chica sin una experiencia enciclopédica nunca habría podido esfumarse tan perfectamente. He pensado varias veces que alguien debe haberla ayudado a ocultarse… alguien listo como un demonio y resuelto a todo. Usted, amigo.

—Dígame una sola razón por la cual yo debiera haber hecho eso.

—Podría citarle un montón de razones, pero teniendo en cuenta que esa dama es una belleza como hay pocas es suficiente. Aunque quizá se trata de motivos profesionales… Por ejemplo, una confesión a, su periódico, colocándose bajo la protección del sacrosanto «cuarto poder»… Ésa sería también una buena razón.

—Olvídelo. El día que usted me demuestre que ella mató a Decosta, yo escribiré sobre ella en mis artículos.

—Ya…

—¿Qué le pasa a usted, Dewey? Nunca le había visto comportarse de ese modo.

—Estoy entre la espada y la pared. La espada es el fiscal, y la pared el comisario general.

—Entiendo. No le envidio, amigo.

—Está llevando la conversación por otros derroteros… Estábamos hablando de Lee Doran y de usted.

—No hay nada que hablar al respecto.

El teniente se levantó. Su rostro cansado ofrecía un aspecto macilento cuando dijo:

—De todos modos, dígale que si lo mató no tiene nada que temer de un jurado… Cien contra uno a que la absolverían.

—¿Con nuestro nunca bien ponderado fiscal por en medio? No diga tonterías. Las elecciones para alcalde están demasiado cerca.

—Después de todo lo que usted lleva escrito y publicado sobre Decosta, Breet, los electores se volverían contra el fiscal si condenaba a esa chica. Piénselo… y dígaselo a ella. Ansio acabar con este maldito asunto de una vez.

—Cierre la puerta cuando salga, teniente.

Dewey la cerró suavemente. Ya no pudo ver la burlona sonrisa que apareció por unos instantes en el rostro de Marty Breet.

El periodista llamó a un botones y le entregó las galeradas para que fueran llevadas a la sala de composición. Tras esto, se encasquetó el sombrero y abandonó la redacción.

Mientras anduvo a lo largo de la acera se esforzó por descubrir cualquier signo sospechoso. Sabía que estaba siendo vigilado desde varios días atrás. Sentía una sensación inconfundible tan pronto salía a la calle, aunque nunca había podido descubrir a su espía particular.

Abrió la portezuela del coche y tomó asiento ante el volante, pensando en Lee y el problema que tenía planteado.

Entonces, un objeto duro se apoyó contra su nuca al tiempo que una voz desapasionada le advertía:

—No se sienta héroe, o será un héroe muerto… Si me obliga le envío al infierno aquí mismo.

Rígido, Marty miró por las ventanillas. Había una riada de gente dirigiéndose apresurada hacia las entradas del metro.

—Está bien —gruñó—. Tranquilo. No soy ningún héroe.

—Eso está bien. Conduzca con cuidado hacia el sur de la ciudad.

Obedeció. Moviéndose un poco en el asiento pudo captar la imagen del pistolero reflejada en el retrovisor.

—¿Cuánto le han pagado por hacer eso? —le espetó de pronto.

—¿Por qué, pretende ofrecerme usted más?

—No le pagaría un centavo así estuviera muriéndose de hambre, compañero.

—Por lo menos, con usted uno sabe a qué atenerse. Tuerza a la

izquierda en esa calle…

Giró el volante. El coche se deslizaba despacio en la oscuridad.

Breet indagó:

—¿Dónde piensa usted hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Apretar el gatillo.

—¿Está impaciente o qué?

—Sólo quiero saberlo.

—Tranquilo, usted no sabe todavía lo que le aguarda.

—Puedo imaginarlo. A Decosta no debió darle usted tanto tiempo, supongo.

—¿Decosta? —El tipo se echó a reír—. Erró el blanco, compañero. Yo no le maté. Todo lo contrario, precisamente…

Calló de pronto, quizá arrepentido de haber hablado tanto.

Marty dijo:

—Precisamente, mató a los testigos para salvarle, ¿no es eso?

—Usted cree saber cosas, ¿eh?

—Las sé.

—Sí, ya veo… ¡A la derecha ahora!

Breet internó el coche por un callejón oscuro y desierto. Supo que la cosa iba a suceder allí con toda seguridad. Era un lugar ideal para un asesinato de aquella clase.

—Pare el motor.

Marty alargó la mano y cerró el contacto. El coche se detuvo con una sacudida.

Cuando retiró la mano no la devolvió sobre el volante.

Oyó al asesino removerse en el espacio posterior del coche, seguramente cambiando de postura.

Con todos los nervios tensos, Breet accionó el cierre de la portezuela. Bruscamente, empujándola, se arrojó de cabeza a la calle, rodando sobre un suelo húmedo y sucio.

Tras él, la pistola rugió su cántico de muerte y la bala lanzó un agudo quejido al rebotar en los adoquines.

Marty se hundió en la oscuridad. Tenía ya el «Colt-Cobra» en la mano, pero su mente actuaba con serenidad y método. El pistolero estaba agazapado dentro del coche, a cubierto.

Había que esperar.

La pistola tronó de nuevo a sus espaldas cuando él se zambullía

de cabeza en un portal.

Golpeó contra la puerta cerrada y cayó hacia atrás, dolorido y alarmado.

Desde el coche, el asesino le envió dos balazos más cuando rodaba sobre sí mismo por la acera. Una de las balas casi le rozó la mejilla, antes de arrancar un surtidor de estuco de la pared.

Cesó de dar vueltas al encontrarse en una zona completamente en sombras. Entonces apoyó la espalda en la pared que tenía detrás y levantó el revólver.

Algo oscuro se movió dentro del coche. Un instante después el motor zumbó al ponerse en marcha.

Marty, inmóvil, aguardó. El coche no podía dar la vuelta en el estrecho callejón, sino que en caso de ponerse en movimiento debería seguir adelante y pasar ante él, a menos que el pistolero quisiera hacerlo retroceder en marcha atrás, cosa más que problemática.

Fue hacia adelante adonde se lanzó de pronto, cuando en alguna parte resonaban los silbatos de los guardias de patrulla.

Breet rechinó los dientes. Vio claramente la cabeza del rufián recortándose en la ventanilla del coche. Sólo entonces disparó dos veces.

Los proyectiles hendieron el cristal, convirtiéndolo en un laberinto de estrías. El hombre del volante dio un salto en el asiento y desapareció, y un instante después, el coche, falto de control, se estampó de morro contra la pared más cercana.

Agazapado, Breet se acercó al vehículo. No oyó nada dentro de él y se arriesgó a asomar la cabeza.

Al instante, una pistola rugió y el cristal de aquel lado acusó el impacto. Diminutas partículas del mismo se hundieron en la piel de su rostro dolorosamente.

—Está bien, camarada —gruñó—. Si lo quieres así…

Agarró la manija de la portezuela y la abrió de un tirón. De nuevo el asesino disparó, aunque sin saber exactamente dónde. O quizá estaba herido y ya sólo disparaba por reflejo.

Marty Breet tomó impulso y saltó plantándose de pie ante la portezuela abierta. Pero antes que sus pies tocaran el suelo, el revólver estaba ya escupiendo fuego, plomo y muerte con un largo estruendo que pareció no terminar jamás.

Vio el corpachón del asesino retorcerse bajo los repetidos impactos, hecho un ovillo sobre la alfombrilla. Luego, quedó quieto y la pistola resbaló de sus dedos muertos.

Cuando los primeros policías llegaron, Breet todavía sostenía el revólver en la mano.

Del cañón brotaba una fina columnita de humo…

CAPÍTULO XI

—Casi lo confesó —dijo Breet.

—¿Confesó qué?

—¿No estaba usted escuchándome o qué le pasa, teniente? El tipo reconoció en cierta forma que él mató a los dos testigos para salvar a Decosta.

—Ya veo… ¿No confesó por casualidad haber matado también a Decosta después?

—No; negó rotundamente haberlo hecho. A Decosta no le mató ese individuo.

—Eso no es ninguna novedad, puesto que fue la chica quien hizo el trabajito.

Estaban sentados en el despacho del teniente. Fuera, casi amanecía después de una larga noche de actividad policíaca.

Alguien llamó a la puerta, y sin esperar respuesta entró. Era un agente uniformado trayendo en la mano un sobre de papel manila.

—Del laboratorio, señor —dijo, depositándolo sobre la mesa.

Se retiró y Dewey abrió el sobre. Algunas balas semiaplastadas cayeron encima de los papeles, encerradas en dos bolsa distintas, cada una con una etiqueta blanca.

—«Proyectiles extraídos del cuerpo de Frank Decosta» —leyó en una de ellas.

Las otras habían sido disparadas con la pistola del rufián muerto por Breet.

—No coinciden —comentó el teniente—. Ni siquiera son del mismo calibre.

—Compárelas con las que mataron a Cochy Ash, teniente.

—Están haciéndolo en la fiscalía. Las balas están en poder del fiscal puesto que el caso pasó a sus manos.

Poco después repicó el teléfono y Dewey lo descolgó, identificándose de mal humor. Luego, se irguió, súbitamente interesado.

—¿No hay posibilidad de error? —preguntó.

Siguió escuchando. Breet oía el tintineo de una voz lejana hablando muy rápido.

—Muy bien, gracias por su colaboración —terminó el teniente, colgando el receptor.

Se echó atrás en el asiente.

—Cierto, plumífero —dijo, y su humor parecía haber mejorado sensiblemente—. Coinciden. La pistola del fulano es la que mató a Ash.

—Estaba seguro…

Volvió a repiquetear el teléfono y Dewey lo arrancó de su soporte de un manotazo.

—¡Hablen, aquí el teniente Dewey!

Nueva escucha. Tomó un lápiz de punta roma y escribió algo en un trozo de papel Luego, dio las gracias y colgó.

—Lo han identificado, Breet: el tipo residía habitualmente en Detroit. Pistolero profesional, sin duda. Procesado varias veces, muy conocido de la policía y todo eso… Bueno, la policía de Detroit ha empezado a trabajar.

—Un pistolero importado. Era lógico que lo hicieran. Lo que no me explico es cómo fueron tan locos de permitirle quedarse aquí.

—Bueno, podemos suponer que deseaban encargarle otro trabajito, como el de esta noche por ejemplo…

—Entonces no sabían que yo iba a escribir todo esto. Si el que le importó le hizo quedarse fue por otras razones distintas, Dewey.

—Tal vez.

—Muy bien, creo que ahora me iré a casa. Estoy rendido.

—¿Insiste en no aceptar una escolta?

—¿Para qué? Muerto el perro se acabó la rabia, teniente.

—Mató usted al perro rabioso, pero queda el amo del can… el tipo que dio la orden de muerte contra usted.

—Yo me ocuparé de él cuando llegue el momento.

Estrechó la mano del policía y se fue.

Instantes después, Dewey pulsó una clavija del intercomunicador, y cuando obtuvo respuesta gruñó:

—Flats y Kenny… mándelos a mi despacho.

Cortó la comunicación y se recostó cansadamente en el sillón. Una vez más maldijo para sus adentros aquella profesión y sus incomodidades. Y como siempre, acabó reconociendo que no podría ejercer otra por mucho que se esforzara.

Entonces llegaron los dos detectives de primera y las reflexiones del teniente se fueron al diablo definitivamente.

* * *

Lee se abrazó a él con su acostumbrada vehemencia. Los labios buscaron la boca del hombre en un largo beso que les envolvió en una sensación de suave laxitud.

—Querido, querido…

—Debieras haberte acostado, pequeña. No conduce a nada esperarme hasta estas horas.

—No podría dormir. Estoy tan asustada…

Breet se despojó de la chaqueta. El revólver quedó al descubierto y ella lo miró con cierto temor.

—Oh, está bien, aprendí la lección —rió el periodista.

Sacó el revólver y lo depositó dentro del cajón superior de una estantería repleta de libros. Luego, volviéndose, contempló la delicada y bella figura de la muchacha.

—¿Qué sucedió? —indagó Lee.

—¿Qué te hace pensar que pasó algo?

—Nunca habías llegado a estas horas. Y tus ropas están sucias de polvo y tierra, y tienes un desgarrón en el codo… Marty…

—Tranquilízate. Trataron de hacerlo esta noche.

—¡Dios, no!

—Un pistolero de Detroit… fracasó. Era el mismo que eliminó a los testigos.

Ella se estremeció y corrió a refugiarse entre los duros brazos del hombre.

—Volverán a intentarlo, Marty, amor… lo intentarán otra vez, y otra si fracasan… Ellos no perdonan jamás.

—Antes de eso habré acabado con ellos desde el periódico.

Lee no replicó, acurrucada sobre su pecho. El la acarició hasta que la muchacha levantó la cabeza.

Entonces la besó suavemente y el beso pareció infundirle el valor de que carecía.

—Es un infierno sentirse acosada como una bestia en la selva… Oh, Marty; ¿cuánto durará esto todavía?

—No lo sé, amor. De cualquier modo, cuando termine con esos bastardos, habré de ocuparme de la policía. Están decididos a acusarte de la muerte de Frank Decosta.

—Eso no me inquieta tanto, puesto que yo no le maté.

Se besaron otra vez, y otras muchas veces.

Hasta que él advirtió la tenue claridad que se filtraba entre las cortinas que cubrían la ventana y dijo:

—Debes acostarte, Lee. Está amaneciendo.

Ella se desprendió de sus brazos y le miró con todo el amor de que era capaz. Una lenta sonrisa añoró a sus labios.

—Te sientes paternal conmigo, ¿no es cierto, cariño?

—Algo así…

—Buenas noches, Marty.

—Buenas noches, linda.

Una voz ruda dijo desde la puerta:

—Enternecedor.

Breet giró en redondo. La muchacha dejó escapar un lamento de terror.

Albert Bochio les miraba por encima de una pistola que parecía formar parte de su propia mano.

—¿Cómo entró? —Gruñó Marty.

—¿Eso le preocupa? Soy un experto con una ganzúa, un pequeño y silencioso trabajito y asunto resuelto.

—Supongo que ha venido a terminar lo que su esbirro de Detroit empezó…

—Ni más ni menos, aunque me sorprende que sepa, que fui yo quien lo trajo.

—No lo sabía, pero lo he supuesto al verle irrumpir aquí.

—Un tipo listo… Por supuesto, debía serlo para escribir en ese periodicucho…

Bochio avanzó unos pasos. Sus ojos relucían como si estuviera consumido de fiebre. Sólo que su fiebre era mortífera para los demás.

—Nunca supuse que estabas escondida aquí, zorra —espetó

hablando entre dientes.

—Déjela a ella fuera de esto, Bochio.

—El caballero andante —exclamó con sarcasmo— preocupándose por la pequeña zorra. ¿No piensa que voy a matarle, tipo listo?

—¿Con esta pistola?

—¿Qué tiene de malo esta pistola?

Breet disparó un tiro al azar.

—Nada, salvo que debe tratarse de la misma con que mató a Decosta. Es una 32.

Bochio dio un respingo.

—Ahora es cuando me doy cuenta de lo acertado que ha sido venir aquí…

Marty suspiró. Ahora ya sabía, y eso colmaba todo cuanto hubiera podido desear.

Sólo que lo había averiguado demasiado tarde, porque Bochio no vacilaría en disparar al menor gesto sospechoso.

Y había que pensar en la muchacha.

Se maldijo por haber dejado su revólver en aquel cajón, tan inaccesible como si se hallara en el fondo de un pozo.

—No tiene escapatoria, Bochio —dijo, deseando ganar tiempo a la espera de una oportunidad—. Dewey sabe ya que Lee no cometió el crimen y sus sospechas se orientan hacia los miembros del sindicato.

—Ese polizonte no ve más allá de sus narices. Era a usted a quien había que quitar de en medio, y eso es lo que voy a hacer ahora mismo.

De pronto, Lee exclamó:

—¡No, Albert… no lo hagas!

El gángster rió.

—¿No? Ésta es buena… Dime una sola razón por la cual no deba matar a este plumífero, preciosidad.

—Me iré contigo si renuncias a disparar. Me iré voluntariamente, adonde tú quieras…

Marty rugió:

—¡Cállate!

—¿Lo ves? El no aceptaría el trato —rió Bochio—. De cualquier manera tú vendrás conmigo cuando me vaya… y te portarás muy

bien, nena… muy bien. Hace mucho tiempo que quiero tenerte para mí. Y ahora voy a conseguirte de una vez. ¡Usted, vuélvase de espaldas!

Breet gruñó con desprecio:

—Ni siquiera te atreves a matarme cara a caía…

—Como quiera.

La pistola acusó la tensión de la mano. Desesperadamente, Breet calculó la distancia para saltar sobre el criminal. Hubo de abandonar esta idea porque nunca conseguiría llegar hasta él sin recibir toda la carga de la automática.

Y entonces Lee perdió la serenidad. Soltó un agudo chillido y corrió hacia Bochio como si tuviera alas en los pies.

El pistolero gruñó y trató de retroceder un paso. Entonces, la muchacha cayó sobre él debatiéndose como una loca.

—¡Maldita sea, apártate…! —rugió.

Breet saltó hacia él con todo él furor del mundo burbujeando en su pecho. La pistola tronó y la bala pasó entre los alborotados cabellos de la muchacha.

Entonces, Marty descargó un trallazo contra la cara del pistolero, al tiempo que con su mano izquierda le sujetaba la pistola.

Lee salió dando tumbos y acabó desplomándose de espaldas sobre la alfombra. Los dos hombres, como fieras, pugnaban por dominar la pistola.

Breet disparó un rodillazo hacia arriba y acertó. El gángster se dobló, rugiendo de dolor, pero no soltó la pistola.

Ambos cayeron al suelo, rodando, gruñendo y golpeando con sus manos libres.

La pistola ladró una vez más y la bala se incrustó en el techo.

Breet se levantó, tenso como un cable, arrastrando con él al pistolero. De pronto, dio un brusco tirón y la automática voló de la mano lacerada de Bochio.

Le soltó con un empujón.

—Ahora tú y yo vamos a solucionar esto de hombre a hombre, chacal —gruñó el periodista.

Albert brincó como un saltamontes sin dejarle terminar. Sus dos pies retumbaron sobre el amplio tórax de Breet. No causó un daño excesivo, pero el impacto le arrojó de espaldas ante el terror de la muchacha.

Bochio corrió hacia el caído periodista. No se entretuvo en titubeos. Levantó el pie y trató de aplastarle la cara con el tacón.

Marty tuvo el tiempo justo de rodar a un lado, esquivando el salvaje golpe. Luego, siguió rodando y de pronto se levantó ágilmente.

—Si quieres esta clase de pelea, bastardo, la tendrás —prometió, ciego de ira.

Bochio rió. Pero cuando la punta del zapato de su enemigo se le hundió más abajo del cinturón, su risa se convirtió en un agudo alarido de irrefrenable dolor.

Dando tumbos, se apartó de Breet buscando recobrar el resuello. Breet le siguió, implacable como la misma muerte. Acorralándolo en un rincón le golpeó metódicamente con los puños y los pies, insensible a los alaridos de su víctima y a los gritos de horror de la muchacha, acurrucada sobre el diván.

Los puños del reportero funcionaban como pistones de una máquina de vapor, duros, crueles, implacables, terribles en su tarea de demolición de aquel hombre, responsable de tantos crímenes…

Minutos más tarde, Bochio era una masa sangrante que infundía espanto. Pero quizá resultara todavía más terrorífico el aspecto de Marty Breet, cegado de furor, convertido en una máquina de pegar, hasta el punto que sólo sus continuos mazazos mantenían de pie a su enemigo, completamente inconsciente.

Ni siquiera oyó el estrépito en la puerta de entrada, ni vio la violenta entrada de los dos hombres precipitándose al interior de la estancia, como empujados por un huracán.

Kenny rugió:

—¡Suéltelo, maldita sea, hombre! ¡Suéltelo!

Flats trató de separar a Breet de su víctima. El reportero, incapaz de razonar en aquellos instantes, le disparó un zurdazo como la coz de una mula y el detective de primera clase salió volando hasta aterrizar a los pies de su compañero.

Kenny le miró como si no diera crédito a lo que veía.

Desde el suelo, Flats rugió:

—¡Ese bastardo…!

Kenny le ayudó a levantarse. Más allá, Breet pateaba el cuerpo insensible del pistolero.

Flats jadeó:

—¡Jamás vi…!

—¡El tipo está loco! ¿Los dos a la vez, Flats?

—Sería mejor llamar a los chicos de la camisa de fuerza…

—Para cuando llegasen, el tipo del suelo estaría convertido en tiras. ¡Vamos!

Los dos saltaron sobre Marty, sujetándole violentamente. El reportero se debatió unos instantes. Luego, Lee corrió hacia él y le abrazó, sollozando histéricamente.

Eso pareció calmarlo lo suficiente para razonar. Kenny le soltó precavidamente.

—Veamos —farfulló—. ¿Quién es ése?

—Albert Bochio —susurró la muchacha.

—Y usted… ha estado aquí todo este tiempo, ¿eh?

Ella asintió. Flats se apartó del periodista, acariciándose amorosamente el mentón lacerado.

—El fulano pega como un mulo —refunfuñó.

Lee arrastró a Breet hasta el diván, donde poco a poco éste recobró la cordura. Flats indagó:

—¿Puede decimos qué infiernos sucedió? El teniente quería que le vigilásemos, pero usted se anticipó.

—El… Bochio, vino a matamos. Busquen la pistola con que iba a hacerlo… es la misma con que mató a Decosta.

—¿Qué? —exclamaron al unísono.

—Ya lo saben… ahora, llévenselo de aquí y tírenlo a la basura si quieren. Pero quítenme esta carroña de mi vista.

—Más despacio; debemos avisar al teniente.

—No desde aquí. Ya tengo suficiente por esta noche. Llévenselo. Pueden entregarlo al teniente listo empaquetado para la silla eléctrica.

—Eso será un placer —dijo Flats.

—Pero antes habrá que llevarlo al hospital —opinó Kenny de mal talante—. Usted lo dejó convertido en un fenómeno de feria… Serían capaces de achacarnos la faenita a nosotros. Vamos, Flats, agárralo por los pies.

—¿Tienes la pistola?

—Seguro.

Lo levantaron entre los dos. Antes de salir, Kenny les recomendó:

—No salgan de aquí hasta ver al teniente. El querrá hablarles antes de seguir adelante con este asunto.

Con una pálida sonrisa, Breet dijo:

—Adviértanle que si se presenta antes de mañana le arrojaré escaleras abajo. Y no se molesten en llamar. Voy a desconectar el timbre y el teléfono.

—Bueno, ¿qué te parece? —refunfuñó Kenny.

Flats estaba mirando a Lee descaradamente.

—En su lugar, yo haría igual —masculló—. Vamos, tú.

Sacaron a Bochio como si fuera un fardo de patatas. La puerta se cerró tras ellos con un seco estampido. Flats soltó el cuerpo del pistolero y éste rebotó en el pasillo. Encendió un cigarrillo y dijo soñadoramente:

—Daría cualquier cosa por poder atisbar qué ocurre ahí dentro, Kenny.

—Escucha, deja de pensar barbaridades y agarra a éste.

Se fueron, arrastrando su carga.

Sin la menor duda, Flats hubiera visto interesantes escenas… en caso de haber podido realizar su deseo.

Afortunadamente para Lee y su enamorado, no pudo hacerlo.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.